3 1761 09545937 6

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/edipotragedia00mart

EDIPO,

TRAGEDIA.

LS
M3853e

EDIPO

TRAGEDIA,

POR

D. FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.

300161
16.5.34

PARIS

EN LA IMPRENTA DE JULIO DIDOT,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, N° 6.

1829.

ADVERTENCIA.

Sabida cosa es que el argumento de *Edipo* logró la mayor aceptacion y aplauso asi en Grecia como en Roma, habiéndole manejado á competencia los mejores trágicos de ambas naciones; y que en especial Sófocles dió á luz una composicion bellísima, celebrada con entusiasmo por los maestros del arte, y reputada justamente hasta el dia como el ejemplar mas perfecto que en clase de tragedias nos legase la antigüedad.

¿Mas ese mismo argumento, si se le presenta en el teatro moderno, podrá prometer un éxito, ya que no igual, al menos parecido?... Esta es la primera duda á que dará lugar el solo título de esta tragedia. No faltará quien crea que un asunto de esa especie no debiera en nuestra edad volver á presentarse en las tablas; y que la diferencia de tiempos y de costumbres, de leyes y de gobierno, de máximas morales y de creencia religiosa podrán tal vez ser causa de que parezca hoy dia indiferente é insulso lo que tan vivo interes excitaba hace muchos siglos. Esta reflexion, de que se ha hecho mérito de varios modos y en repetidas ocasiones, no deja de tener peso; y casi me hubiera retraido de empresa tan aventurada, á no

estar convencido plenamente de que, á pesar de cuantas desventajas ofrezca respecto de este punto el teatro moderno, es tan bello y tan trágico de suyo el argumento de *Edipo*, que con tal que no se le adultere ni desfigure, excitará siempre los sentimientos mas vivos en el ánimo de los espectadores.

Y porque no se crea que estoy muy apegado á este dictámen únicamente por ser mio, procuraré buscarle por fiador á un célebre maestro : « La tragedia de *Edipo* (decia Voltaire en sus famosos *Comentarios*) es sin disputa, á pesar de sus graves defectos, la obra maestra de la antigüedad. Todas las naciones ilustradas la han admirado de consuno, si bien han convenido en las faltas de Sófocles. ¿Porqué, pues, este mismo argumento no ha logrado un éxito completo en ninguna de esas naciones? No consiste ciertamente en que no sea muy trágico. Ha habido quien pretenda que no se puede tomar vivo interes en los crímenes involuntarios de Edipo, y que su castigo excita mas bien indignacion que lástima; pero esta opinion se ve contradicha por la experiencia: porque todo lo que se ha imitado de Sófocles en el *Edipo*, aunque haya sido con poco acierto, ha logrado siempre éxito en nuestra nacion; al paso que se han reprobado todas las cosas extrañas á ese argumento que se han mezclado con él. Debe pues inferirse que hubiera convenido manejar el argumento de *Edipo* con toda la sencillez griega. ¿Y porqué no lo hemos hecho? Porque nuestros

dramas, compuestos de cinco actos y sin el auxilio del coro, no pueden ser conducidos hasta el último acto sin socorros extraños al asunto; de donde proviene que los recargamos de episodios, hasta el punto de ahogarlos ».

Mucha razon me parece que tenia Voltaire en lo que acaba de decir; pero los poetas modernos que han tanteado este argumento, sin exceptuar mas que á uno, no estaban muy convencidos, á lo que se deja entender, de la exactitud de las anteriores reflexiones; y cual mas cual menos, todos ellos se han empeñado en seguir un rumbo enteramente distinto del que tan acertado les parecia en el teatro griego. ¿Mas de dónde ha nacido este empeño? He aqui la razon que lo ha motivado, dando lugar, en mi concepto, á muchos extravíos. Ante todas cosas se ha dado por supuesto que el argumento de *Edipo*, aunque ofrezca singulares bellezas, es muy reducido y escaso; capaz únicamente de completar un drama en el teatro griego, en que la suma sencillez era la prenda de mas estima, y en que la pompa del espectáculo, la presencia continua del coro, el canto y la música, llenaban cumplidamente el vacío que pudiera dejar la accion, y hermoseaban una obra dramática, por simple que fuese.

Nada de esto sucede en nuestro teatro: peor dotados por la naturaleza, mas adelantados en civilizacion, ó tal vez mas corrompidos en el gusto, lo cierto es que á los modernos no les bastan las sencillas composiciones que encantaban á los

Griegos; y que para haber de cautivarles es necesario ofrecerles dramas mas nutridos, planes mas artificiosos, incidentes mas varios. Y si á esto se añade la duracion acostumbrada de nuestras tragedias, la escasez de pompa teatral, y la falta de parte lírica, se aumentará mas y mas el temor de que un argumento, abundante y rico en manos de Sófocles, aparezca ahora deslucido y pobre.

Hasta cierto punto este raciocinio parece bastante fundado, aunque en mi concepto se le ha dado mas extension de la que se debiera, al aplicarle al asunto de que tratamos; mas como quiera que sea, se ha dicho, se ha repetido, y ha acabado por creerse comunmente que el argumento de *Edipo*, reducido á su propio caudal, no es bastante hoy dia para formar con él una tragedia.

Lo mas extraño es que sin mas que pasar de manos de los Griegos á las de los Latinos, ya parece que mermó ese argumento, como un licor que se vierte de un vaso en otro: no ha llegado hasta nosotros la tragedia de *Edipo* compuesta por Julio César, ni alguna otra de que hay noticia; pero al leer la de Séneca, se echa de ver desde luego que, habiendo dejado subsistentes los defectos que se imputan por lo comun á la de Sófocles, apenas si acertó á sacar de ella algun provecho. No echó mano, es cierto, de materiales extraños y de episodios inútiles, para completar su composicion, como lo han hecho casi todos los modernos; pero se le ve apurado para llevarla á cabo, moviendo á duras penas una accion flaca y

desmayada. Dos actos llenó cada cual con una sola escena: y lo peor es que se echa menos totalmente en la tragedia latina el artificio dramático que se admira en la griega, la exposicion magnífica, el nudo hábilmente enredado, y la solucion inimitable. Desde el acto tercero, recordando los antecedentes y sabiendo lo que ha dicho la Sombra de Layo, evocada por Tiresias, poca ó ninguna duda debe quedar á los espectadores de que Edipo es hijo y homicida de Layo; y cuando en el acto cuarto se aclara cumplidamente uno y otro secreto, no es fácil concebir como un poeta del talento de Séneca se apartó tan desacordadamente de las huellas de su modelo. En la tragedia latina averigua Edipo, por medio de un diálogo con Yocasta, que él fue quien mató á Layo; lo cual aumenta la inverosimilitud de no haberlo preguntado y sabido antes: y verificado ese descubrimiento, que poquísimo efecto produce en el ánimo de uno y otro, retírase de la escena la reina sin saberse el motivo ni objeto.

De donde provino tambien que Séneca omitiese una de las mayores bellezas del ejemplar griego: dispuso, como Sófocles, que Edipo conociese al cabo quienes eran sus padres por la declaracion del mensagero de Corinto y por su careo con el pastor de Layo; pero habiendo alejado de la escena á Yocasta en punto tan importante, suprimió la bellísima inquietud de la reina, y desaprovechó la impresion terrible que debe producir

su retirada silenciosa, presagio de mayores desdichas.

Aclarado el fatal secreto al fin del acto cuarto, Séneca dedicó todo el quinto, asi como Sófocles, á presentar las funestas resultas; ¡pero qué diferencia entre el modo con que lo hizo uno y otro! En la larga descripcion que hace un nuncio, en la tragedia latina, del castigo que se ha impuesto Edipo, se nota inverosimilitud en las circunstancias, afectacion en los discursos, sobrada prolijidad en los pormenores; mas nada de esto se advierte en la tragedia griega: todo en ella aparece natural, todo propio y sencillo.

Lo que merece notarse con especialidad en la de Séneca es el coro que se halla en la escena segunda del último acto; pues muestra hasta qué punto reinase á la sazon en Roma el dogma del fatalismo, sobre cuyo quicio rueda esta tragedia, y que tan conforme era á la doctrina de los Estoicos: no parece sino que en la vejez y corrupcion de la sociedad, con una religion desacreditada como lo estaba ya la pagana, y bajo la tiranía de unos monstruos como los que afligian al imperio, no quedaba mas arbitrio á los hombres que el de escudarse con esa filosofía, áspera y dura.

El instinto delicado de que estaban dotados los Griegos dió á conocer á Sófocles que despues de saber los vínculos que los unian, ni un solo momento debian presentarse juntos Edipo y Yocasta: asi es que aun antes de acabar de aclararse el ter-

rible misterio, huye aquella de la escena, llamando á Edipo *desdichado*, por no saber qué nombre darle, y anunciándole que aquellas son las últimas palabras que le hablará en la vida. Lo contrario hizo Séneca: sacó á la escena despues de tiempo á Yocasta; le hizo dudar sobre el nombre que daria á Edipo, explanando malamente lo que tan bello era no diciéndolo; y forzó á aquel á que le ruegue con instancia que se aleje, pues no pueden ya permanecer en el mismo punto de la tierra, y hasta le duele escuchar su acento. ¿Qué imaginaria el poeta para terminar tan extraña situacion? El medio menos acertado: Yocasta pide á su hijo que la mate, ya que mató á su padre; le arrebata luego la espada que ciñe (cosa contraria á los usos griegos): y despues de tenerla en la mano, duda si se herirá en el pecho ó en el cuello, y al fin resuelve traspasar con ella el seno criminal que pudo contener juntamente á un hijo y á un esposo.

Nada hace ni dice Edipo para impedir esta muerte; y asi es que el final de la tragedia parece frio y poco natural, á pesar de las bellezas esparcidas que en él se notan, no menos que en lo restante de la obra: porque el carácter trágico de Séneca, mas enérgico y vigoroso que tierno y patético, le hizo lucir en su composicion muchos rasgos varoniles y hermosos, capaces de honrar al mejor poeta; pero no le consintió, y mucho menos con los achaques de declamacion y mal gusto, desplegar con maestría los sentimientos

mas delicados del corazon humano, como lo hizo tan hábilmente el trágico de Atenas.

Pasando ahora á hablar de los modernos, debe ocupar el primer lugar entre ellos el célebre Corneille, padre del teatro de su nacion: al pisar ya los límites de la vejez, y estimulado mas bien por insinuacion agena que por inspiracion propia, compuso su tragedia de *Edipo*, menos conocida por su propio mérito que por el nombre de su autor. Pero antes de examinar el camino que tomase Corneille, conviene oirle á él mismo explicar las razones que á ello le movieron: «No negaré (decia) que despues de haber elegido este asunto, confiado en que tendria á mi favor el voto de todos los sabios, que le consideran todavía como la obra maestra de la antigüedad, y que los pensamientos de Sófocles y de Séneca, que lo han tratado en sus respectivas lenguas, me facilitarian los medios de conseguir mi intento, temblé cuando lo consideré de cerca. Conocí que lo que habia pasado por maravilloso en tiempo de aquellos autores pudiera parecer horrible en el nuestro; que la elocuente y grave descripcion del modo con que aquel desventurado príncipe se reventó los ojos, que ocupa todo el acto quinto de sus tragedias, lastimaria la delicadeza de nuestras damas, cuyo disgusto causaria fácilmente el de lo restante del auditorio; y que, en fin, no teniendo el amor parte alguna en esta tragedia, careceria del principal atractivo que está en posesion de captar el aplauso del público. Por cuyas conside-

raciones, he cuidado de ocultar á la vista un espectáculo que tales peligros ofrecia, y he introducido el acertado episodio de Teséo y Dircéa. »

Vemos, pues, que Corneille temió presentar en la escena francesa el acto quinto de Sófocles ó el de Séneca, por parecerle demasiado terribles; y que para llenar ese hueco, y á fin de lisonjear el gusto del público, muy dado á amoríos, introdujo los de los mencionados príncipes. Pero por desgracia, no solo aparecen importunos los galanteos en un asunto semejante, sino que prendado el poeta del episodio que habia imaginado, le dió tal extension é importancia, que hizo de él el argumento principal de su composicion, dejando el de *Edípo* arrumbado y casi del todo desatendido. Desde la primera escena, y en medio de los estragos de una peste, empiezan los requiebros de novela entre el príncipe de Atenas y la hija de Layo; sigue despues un enredo dramático mas propio de la llaneza cómica que de la dignidad del coturno, pues que solo se trata de un casamiento, intentado por una doncella resuelta y lenguaraz, contradicho por un padrastro poco amado, y favorecido á medias por una madre condescendiente; y este malaventurado casorio, con el cual se tropieza durante todo el drama, embaraza á cada paso su curso; y aun despues de saberse la fatal catástrofe, solo quedan en la escena Teséo y Dircéa, y aquel todavía queriendo decirle ternezas, en términos que la princesa, que acaba de perder á su madre, tiene sobrada ra-

zon cuando dice á su novio: «Señor, ahora no es ocasion sino de llorar.»

Una vez llamada la atencion hácia ese episodio, que á pesar de ser extraño al asunto principal acaba por ocupar su puesto y casi desalojarle del todo, Corneille incurrió, á mi ver, en otro desacierto, cuando procuró que compartiesen ambos amantes el interes que debiera exclusivamente recaer en Edipo. Una respuesta ambigua de la Sombra de Layo da lugar á creer que pide para aplacarse la sangre de su hija Dircéa; esta se resuelve á sacrificarse por la salud del pueblo, ó mas bien por orgullo; pero como no es un personage que haya cautivado anteriormente el afecto de los espectadores, no puede excitar con su peligro viva impresion en ellos; y aun dado caso que la excitase, no sé si seria peor, pues distraeria del objeto principal del drama, que es y debe ser el riesgo y la suerte de Edipo.

Aun menos acertado me parece todavía el que imaginase Corneille que Teséo finja ser hijo de Layo, intentando por este medio salvar á su amada y perecer por ella: ese fingimiento, de todo punto inverosímil, no produce el mas mínimo efecto; ni Yocasta ni Dircéa ni los espectadores pueden darle crédito; y el mismo Teséo sostiene tan mal su ficcion, que bien presto tiene que confesar paladinamente á la princesa que es todo invencion suya.

No parece sino que Corneille se empeñó de propósito en llamar la atencion hácia otras personas

que no fuesen Edipo: casi tres actos se consumen sin que se excite ningun interes en su favor, sin que se columbre su peligro, sin que sea fácil adivinar siquiera que el asunto de la tragedia es el cumplimiento de su destino. Asi es que, aludiendo á la escena cuarta del acto tercero, pudo decir con razon Voltaire: « En este punto es donde empieza el drama. El espectador se siente conmovido desde los primeros versos que pronuncia Edipo. Lo cual basta para poner de manifiesto cuan mal juez fuese d'Aubignac respecto del arte mismo de que dió reglas. Sostenia él que el argumento de *Edipo* no puede interesar; y cabalmente desde los primeros versos en que se toca este asunto, excita interes, á pesar de la frialdad de todo lo que le ha precedido. »

En el acto cuarto es en el que sabe Edipo que él fue quien mató á Layo; pero esta situacion, tan trágica y tan bella, está echada á perder cuanto cabe: en aquel momento crítico, Teséo desafía á Edipo para el dia siguiente, como pudiera hacerlo, no un príncipe griego de los siglos heróicos, sino un paladin de los siglos medios; y cuando al final quedan solos Edipo y Yocasta, en vez de entregarse al ímpetu del sentimiento, en lugar de expresar con el lenguaje del corazon el contraste de afectos que tan naturales parecian, se entretienen uno y otro en disertar sobre su situacion recíproca, no solo con la frialdad de la razon, sino hasta con los melindres del ingenio.

En el último acto se entera completamente

Edipo de su horrenda suerte: ¡qué no deberá temerse de quien sabe al mismo tiempo que ha asesinado á su padre, y que se halla desposado con su madre misma! Pues en la tragedia de Corneille, despues de averiguarse tan fatal misterio, Edipo permanece tranquilo; razona á sangre fria con Dircéa sobre su propio infortunio y aun sobre los amores de la princesa; y cuando sale despues Teséo, vuelve á aludir al importuno desafío, y hasta cuida de recomendar, para el caso en que muera en el duelo, el malhadado matrimonio. Estas dos escenas, inútiles y colocadas tan fuera de sazon, no solo son causa de que parezca inverosímil el furor en que luego cae Edipo, hasta el punto de arrancarse los ojos con sus propias manos, sino que contribuyen por su parte á que todo el final de la tragedia sea lánguido y frio, en vez de excitar los sentimientos á que debiera dar lugar tan funesta catástrofe.

Corneille que en el exámen crítico de sus obras habia mostrado siempre su gran maestría, y muchas veces la mas laudable imparcialidad, me parece poco menos ciego que Edipo, al juzgar esta tragedia: «Las mudanzas de que acabo de hablar (decia) me han hecho perder la ventaja que esperaba sacar de no ser muchas veces sino mero traductor de los grandes ingenios que me han precedido. La distinta senda que he tomado me ha impedido encontrarme con ellos, y aprovecharme de su trabajo; pero en cambio he tenido la fortuna de hacer confesar que no ha salido de

mis manos drama alguno en que luzca tanto arte como en este.» Al oir expresarse asi al autor de *Cinna*, de *Rodoguna*, y *Polieucto*, no puede uno menos de *compadecer* (como lo hace Voltaire, hablando del mismo autor y de la propia obra) *la flaqueza del humano ingenio!*

Hasta qué punto merezca elogío el artificio de la mencionada tragedia puede inferirse de cuanto acabamos de decir; pero no debo pasar en silencio que, á pesar de haber seguido otro rumbo, y de afirmar que por lo tanto no habia podido sacar fruto del trabajo de sus predecesores, se acercó aunque no mucho Corneille al ejemplar de Sófocles, en varias escenas del acto quinto; y cabalmente estas escenas son quizá las mejores de la tragedia, y de ellas ha podido decir Voltaire con harto fundamento : «Estas escenas son mucho mas interesantes que las demas, porque estan únicamente tomadas del asunto. No se diserta en ellas, ni se hace alarde de razones y de rasgos de ingenio; todo en ellas es natural; si bien es cierto que faltan aquellos grandes movimientos de terror y lástima que debieran esperarse de tan horrorosa situacion...» «Digo que vuelvo á hallar el tono propio de la tragedia en esta escena de Iphicrates, en que nada se dice que no sea necesario al drama; en esa sencillez, tan lejana de la cansada disertacion; en ese artificio teatral y natural, que hace que nazcan sucesivamente unas de otras todas las desgracias de Edipo. He aqui la verdadera

tragedia: lo demas no es sino ripio; ¿pero cómo se llenan cinco actos sin ripio?»

Al empezar á declinar Corneille, presentóse en la palestra un mancebo de pocos años, pero de mucho aliento; y cabalmente su primera composicion dramática fue una tragedia de *Edipo*. Tanto fue el éxito que obtuvo esta temprana composicion de Voltaire, que desterró desde luego de la escena á la de un maestro tan acreditado, y aun hoy dia es la sola y única de esa clase que subsista en el teatro frances. Esta circunstancia da ya bastante indicio de que debe de encerrar en sí un mérito real, á prueba del trascurso del tiempo y de la veleidad del público; aunque estoy lejos de creer, como Rousseau, que *un Frances de veinticuatro años haya sacado ventaja á un Griego de ochenta*, aludiendo á Voltaire y á Sófocles, ó de poner en duda, como La Harpe, *cual sea mejor de ambos Edipos*.

Para calificar el de Voltaire, no será fuera de sazon manifestar el concepto que él mismo tenia de ese argumento: «Corneille conoció bien (dice en una de sus cartas á Mr. de Genonville) que la sencillez, ó por mejor decir, la sequedad de la tragedia de Sófocles no podia suministrar lo necesario para llenar la extension de nuestras obras dramáticas. No poco se engañan los que creen que todos los asuntos tratados en otro tiempo con éxito por Sófocles y por Eurípides, como *Edipo*, *Philoctetes*, *Electra*, *Ifigenia en Tauris*, son asuntos á propósito y fáciles de ma-

nejar; al contrario, son los mas ingratos é impracticables; son argumentos para una ó dos escenas, á lo sumo, pero no para una tragedia. » Asentado este principio, derivábase de él, como consecuencia precisa, que era conveniente, ó mas bien necesario, buscar el medio de revestir lo mejor que se pudiese un asunto tan pobre, para no dejarle, por decirlo asi, en la desnudez en que nació : y esto fue lo que intentó Voltaire, imaginando el episodio de Philoctetes, antiguo amante de Yocasta, y que viene en su busca á Tebas, ignorando, contra toda verosimilitud, cuanto en ella ha pasado desde su ausencia. Lo que cuesta trabajo concebir es cómo Voltaire, que en la misma carta, escrita poco despues de representarse su *Edipo*, critica con severidad el episodio de Teséo en la tragedia de Corneille, *el cual habia sido reprobado por voto general*, incurriese precisamente en el mismo defecto, trayendo fuera de propósito un personage extraño, mezclando amores intempestivos en el asunto que menos los consentia, y entorpeciendo con un incidente inconexo y mezquino el curso de la accion principal. Desde la primera escena ya se presenta Philoctetes para contribuir, de un modo poco natural, á la exposicion del argumento; y como si fuese ya anuncio de que ese personage advenedizo no pertenece á la accion, dicha primera escena está totalmente desgajada del drama, el cual no principia en realidad hasta la siguiente. En esta y en la tercera es en las que da la accion dramá-

tica dos pasos; pues no solo se sabe que los dioses exigen para aplacarse que se castigue al asesino de Layo, sino que vive todavía un testigo de su muerte, que podrá declarar acerca de ella, para lo cual manda llamarle Edipo.

Asi concluye el acto primero: y la accion, bien enderezada ya hácia su blanco, parecia dispuesta á proseguir su carrera, cuando se interpone otra vez Philoctetes, y la detiene inútilmente durante todo el acto segundo. Sin apoyo ni fundamento verosímil, el pueblo le acusa de la muerte de Layo; Yocasta no lo cree; Edipo tampoco puede persuadirse de que sea cierto; pero le manda permanecer en Tebas hasta que se averigüe la verdad; y al ordenar al fin que vayan á activar la llegada de Phórbas, se recuerda naturalmente á los espectadores que todo ese acto, mal allegado y postizo, no está colocado alli sino para ocupar espacio y dar tiempo.

La mitad del acto tercero es tambien como un miembro muerto: háblase durante tres escenas del peligro de Philoctetes; pero como este personage, mas esforzado y vanaglorioso que interesante, no ha ganado mucha cabida en el corazon de los espectadores, no puede conmoverle vivamente; y asi es que permanecen tranquilos hasta la escena cuarta, en que volviéndose á entrar en el terreno propio, se trata efectivamente de la accion principal. Ya entonces anuncia el Sacerdote á Edipo que él es quien mató á Layo, le presagia su castigo, le predice el horror de su

suerte, aunque ocultándole una parte bajo un velo misterioso; y esta escena bellísima, labrada sobre el cimiento de una de Sófocles, excita ya en sumo grado los sentimientos propios de la tragedia. Las dudas, los temores, la inquietud y zozobra de un porvenir terrible, todo se fija de alli adelante en Edipo; y Philoctetes, sin tener ya ni espacio siquiera en que caber, se retira al fin de dicho acto, despidiéndose con una declamacion importuna, y para no volver á aparecer mas en toda la tragedia: semejante á los andamios que solo se emplean para levantar un edificio, y que despues se quitan de en medio como inútiles, para que no impidan la vista.

Un episodio que entorpece y afea la mitad de la tragedia, debió excitar desde luego la crítica mas justa; pero Voltaire, con los humos de la mocedad y el desvanecimiento del triunfo, se empeñó malamente en su defensa: « En cuanto al recuerdo de amor entre Philoctetes y Yocasta (decia el autor en otra carta, escrita por la misma época) me atrevo á decir que es un defecto necesario. El argumento no me suministraba de suyo con qué llenar los tres primeros actos; apenas si tenia materiales para los dos últimos. Los que entienden de teatro, es decir, los que conocen las dificultades asi como los defectos de una composicion, convendrán en lo que digo. Es preciso animar siempre con pasiones á los principales personages; ¡ y cuán insípido no hubiera sido el papel que representase Yocasta, si no hubiese

mostrado á lo menos la memoria de un amor legítimo, y si no hubiese temido por la vida de un hombre, á quien tuvo amor en otro tiempo! »

No creo fácil alegar razones menos valederas para defender una mala causa: si el argumento aparecia tan escaso, y no era dable extenderle y distribuirle con economía, valiera mas componer una tragedia de tres actos que añadirle algunos inútiles; mas aun dado por supuesto que fuese indispensable un episodio, ¿se infiere por ventura que el de Philoctetes fuese *necesario?* El mérito hubiera consistido en hallar uno propio, fácil de embutir en la accion, y labrado del mismo material; y cabalmente el de Philoctetes presenta todas las cualidades opuestas: apegado desde el principio á duras penas, despréndese luego por sí mismo; y parece tan fuera de lugar y sazon, como que (segun la frase misma de Voltaire en sus *Comentarios*) « no cabe cosa mas ridícula que hablar de amores en la tragedia de *Edipo.* » Mas es de advertir que los amores de Teséo con Dircéa, de que se valió Corneille, son en sí mismos menos ridículos que los que empleó Voltaire en su tragedia: « Es extraño (decia él mismo, criticando su obra) que Philoctetes ame todavía á Yocasta, despues de tan larga ausencia; asemejándose no poco á los caballeros andantes, cuya profesion exigia que permaneciesen siempre fieles á sus queridas. Pero no puedo estar de acuerdo con los que opinan que Yocasta tenia ya

demasiada edad para despertar aun pasiones: pudo casarse tan jóven, se repite tantas veces en la tragedia que Edipo está en la flor de la juventud, que sin apurar mucho el tiempo, es fácil echar de ver que ella no tiene mas de treinta y cinco años: y harto desgraciadas serian las mugeres, si á esa edad no pudiesen ya inspirar tales sentimientos.» Será cierto cuanto quiera Voltaire; y yo por lo menos no me mostraré tan poco cortes y galan que me ponga á disputar con él sobre un punto tan delicado: solo me atreveré á decir que con respecto á Yocasta sucede lo mismo que con todas las mugeres; que es ya señal malísima tener que ajustar regateando las cuentas de edad. El público sabe que Yocasta lleva ya dos maridos; aunque Voltaire suponga que solo hace dos años que se casó con Edipo, en la misma tragedia se expresa que este tiene hijos, habidos de su propia madre; y por mas esfuerzos que haga el poeta, siempre resultará que es una abuela respetable la que se presenta en las tablas á lucir amores de novela.

La razon que para ello alega Voltaire, y que ya queda indicada, no es de modo alguno admisible: es cierto que todos los personages principales de un drama deben mostrarse animados de pasiones; pero de pasiones que aparezcan naturales y oportunas; y cierto que, sin acudir al recuerdo de una pasion extraña al asunto, bien pudiera Yocasta mostrarse conmovida por varios y vivos sentimientos: era reina, y veia á su pue-

blo en trance de perecer; viuda de Layo, le habia perdido asesinado; esposa de Edipo, le veia en el colmo de la afliccion; y habiendo sido madre en ambos matrimonios, habia cometido un gran crímen, exponiendo para que pereciese á uno de sus hijos, y tenia á los otros amenazados del peligro comun. Estos sentimientos, tan propios y tan nobles, eran los que debieran animarla; pero Voltaire, á fin de hallar cabida para el episodio de Philoctetes, cegó de propósito las fuentes naturales de que debieran aquellos nacer. Apenas si alguna vez en su tragedia se hace leve mencion de los hijos de Edipo, cuya suerte debia excitar tanta lástima; y lo peor es que para dar el poeta mas realce á la antigua pasion de la reina, ha tenido que deslucir su carácter. El mejor medio de que despertase vivo interes era, si no me equivoco, presentarla como esposa muy tierna, para unir mas y mas su suerte con la de Edipo; pero Voltaire tuvo que suponerla desapasionada y tibia, hasta el punto de decir ella á su confidente (especie de personas pegadizas, de que hay no menos de tres en la tragedia) que no sentia sino *amistad* por Edipo; que *sometida dos veces al rigor de su mala suerte, habia mudado de esclavitud, ó mas bien de suplicio;* y que *se habia visto privada para siempre del único hombre que hubiese ganado su corazon.* La que asi se expresa ¿no hace cuanto puede para que los espectadores se persuadan de que ha de tomar escasa parte en los riesgos y desgracias de su esposo?

Para concluir de una vez con este episodio, nada será mejor que copiar el juicio del mismo Voltaire, al escribir algunos años despues sus *Comentarios:* « Cuando en 1718 (decia aludiendo á su propia obra) se trató de representar el único *Edipo* que haya subsistido en el teatro, los cómicos exigieron algunas escenas en que no se dejase en olvido al amor; y el autor echó á perder y envileció un argumento tan bello con el frio recuerdo de unos amores insípidos entre Philoctetes y Yocasta. »

Asi que su tragedia se desembaraza de esa incómoda compañía, campea libremente y despliega muchas bellezas: la primera escena del acto cuarto, imitada y perfeccionada de una de Sófocles, es sumamente hermosa: en ella se comunican mutuamente Edipo y Yocasta sus fatales secretos; y despues hasta la conclusion del acto prosigue naturalmente su curso la accion dramática; pues se descubre que el homicida de Layo es el mismo Edipo; resuelve este abandonar á Tebas; y hasta se anuncia al final que acaba de llegar un mensagero de Corinto. Solo me atreveria á indicar, como digna de censura, la escena tercera, porque no solo adolece alguna vez de frialdad y declamacion, sino que estriba toda ella en falso: Edipo, armado impropiamente de una espada, la saca y se la presenta á Yocasta, pidiéndole que le mate y vengue á su esposo; lo cual me parece mas bien imitado de un drama vulgar que copiado de la naturaleza.

En el último acto sabe Edipo que ha muerto el rey de Corinto, que este no era su padre, y sí Layo: en cuyas interesantes escenas, en que Voltaire siguió á Sófocles como principal guia, no solo es de admirar el fácil curso de la accion, sino otros muchos primores del arte. Algunos rasgos bellos tomó tambien Voltaire de Séneca; pero, en mi concepto, anduvo poco atinado en imitarle en una parte del desenlace, cual es el suponerse que Edipo estuviese armado de su espada cuando se sacó los ojos, y el matarse Yocasta en el teatro. Por lo demas, es justo decir que la catástrofe es mas verosímil, mas rápida y teatral en la tragedia francesa que no en la latina; y que en general los dos últimos actos del drama de Voltaire, que versan única y exclusivamente sobre el argumento de *Edipo*, son los que han grangeado tan favorable acogida á esa composicion, y los que la mantienen siempre con crédito y aplauso.

Otro escritor frances, no de tanta fama como los anteriores, y dotado de mas ingenio que genio, compuso tambien una tragedia de *Edipo*, procurando evitar en ella los defectos que deslucen las de Corneille y de Voltaire; pero rara vez se habrá visto mejor que en esa ocasion cuán arriesgado sea huir sin prudencia de un escollo, á riesgo de ir á dar en otros mayores. Mr. de La Motte habia conocido, con su propio discernimiento y por el voto del público, que el vicio capital de las dos composiciones de que hemos

hablado últimamente consistia en los episodios extraños, que dividen el interes, cuando debiera este cifrarse únicamente en Edipo; y preocupado de esta sola idea, creyó tener asegurado su buen éxito si conseguia mantener esa *unidad de interes*, que es en realidad la mas importante en una composicion dramática: veamos lo que al efecto hizo, y cuales fueron las resultas. Sabia muy bien ese autor que lo que debia excitar la inquietud de los espectadores era el peligro de Edipo, y que mientras antes principie á desarrollarse la accion de una tragedia, mas pronto cautiva la atencion; pero olvidó, á lo que parece, que en materias de literatura, asi como en otras de mayor trascendencia, nada hay tan peligroso como principios y máximas generales, si falta el tino y mesura al haber de hacer su aplicacion. Desde la primera escena, al abrir los labios Edipo, ya ordena á uno de sus súbditos que vaya al templo y diga al sacerdote que lo prepare todo para el sacrificio; pues está determinado á inmolarse por la salud del pueblo. Como los espectadores no saben todavía quien sea ese personage, ni tienen el menor antecedente de cosa alguna, claro está que han de oir con extrañeza tan violenta resolucion, y que no pueden tomar la mas mínima parte en la desgracia de un hombre á quien acaban de ver en aquel instante por primera vez: debiendo todavía resfriarse mas su ánimo, al enterarse del leve motivo que alega Edipo para resolverse á un sacrificio tan costoso; pues

solo dice que se le ha aparecido aquella noche Apolo, y que se lo ha prescrito.

Asi es que desde luego conciben los espectadores que aquel peligro no es real, ni el que verdaderamente amenaza á Edipo, por mas que en la escena siguiente, y despues de la inútil oposicion de Yocasta, parezca ya la cosa tan adelantada, que la reina manda que vengan sus hijos para que se despida de ellos su padre.

La tranquilidad del público era bien fundada: antes de concluirse el acto, ya aparece disipado el riesgo de Edipo, y recae sobre otra persona: ¿cuál escogeria el poeta?... Él propio va á decírnoslo: « Como la unidad de interes en *Edipo* consiste en el desarrollo de las circunstancias que sirven á aclarar su suerte; y como este desarrollo no bastaria por sí solo para llenar cinco actos, le han añadido episodios de política ó de amor, que suspenden la impresion principal, y forman, por decirlo asi, dos dramas en vez de uno. Pero estos episodios, y sobre todo un episodio de amor, se avienen tan mal con el argumento de *Edipo*, y salta á la vista de tal suerte lo fuera de sazon que se mezcla esa pasion con el horror de que deben estar poseidos continuamente los personages, que es cosa de admirar como han osado presentar algunos autores un contraste tan poco acertado. En medio de mis esfuerzos para remediar esta falta, presentáronse á mi imaginacion los dos hijos de Edipo: he creido que Eteocles y Polinices eran las únicas personas que pudieran enlazarse ínti-

mamente con el interes de Edipo; y que haciendo que el peligro amenazase algun tiempo á los hijos, no haria en realidad sino extender la desgracia del padre, y aumentar su insufrible peso. »

Este raciocinio parece á primera vista exacto; y sin embargo dió lugar á un error gravísimo: tan cierto es que en las artes de imaginacion no es cierto todo lo que puede demostrarse, y que en ellas el mayor saber no suple la falta de genio. Este habia inspirado á Sófocles que presentase en el teatro, al final del drama, á las hijas de Edipo: su tierna edad, su sexo débil, su inocencia y desamparo debian traspasar de ternura el ánimo de los espectadores, al ver á un padre, ciego y proscripto, despedirse de ellas para siempre: La Motte, en lugar de las hijas, presentó á los hijos; y esto bastó para producir un efecto contrario. Con solo oir los nombres de Eteocles y Polinices, ya se despiertan sentimientos de horror; porque es muy sabida la historia de esos príncipes, ingratos para con su padre, vengativos y fratricidas. El mismo Edipo alude, desde el principio de la tragedia, al odio que mutuamente se tenian; y cuando se cree que los dioses piden la sangre de uno de los dos, disputan entre sí (durante el acto segundo) cual sea la víctima designada, no para sacrificarse al amor fraternal, sino por rivalidad y ansia de preferencia. ¿Cómo pudo imaginar La Motte que personas semejantes despertasen interes en los espectadores? Mas bien deben estos desear que la voluntad de los dioses se cumpla cuanto

antes, y que se vea libre la tierra de uno de esos monstruos.

En el acto tercero, sabe Yocasta que Layo no habia muerto, como se creia hasta entonces, despedazado por un leon, sino á manos de un guerrero de pocos años, en los confines de Corinto y de Tebas; y al referir estas circunstancias á Edipo, manifiesta este lo que le sucedió en el mismo sitio, y queda convencido, en una escena lánguida y fria, de haber sido efectivamente él quien dió muerte á Layo.

Es de advertir que La Motte no se aprovechó en la parte mas mínima de la trama admirable de Sófocles; y que siquiera echó de ver cuanto rebajaba y deslucia con sus mudanzas al personage de Edipo: este, en la tragedia griega, se ha criado como hijo del rey de Corinto, é interesa mas vivamente, porque habiendo abandonado tan próspera suerte, por huir de los crímenes que le habia predicho el oráculo, va á caer precisamente en ellos; pero en la tragedia de La Motte se cree Edipo hijo de un humilde pastor, ha dejado la casa paterna por solo el ansia de correr aventuras, y como la casualidad mas rara ha podido únicamente elevarle á un trono, aparece menor su caida.

En el acto cuarto descubre Edipo, con la llegada del pastor, que no es este su verdadero padre, sino que le recibió de manos de otra persona; y cuando deberia aquel príncipe desplegar de lleno su carácter, que es la impaciente curiosidad

de averiguar su orígen, nada practica para indagar las circunstancias de hecho tan importante; y antes bien deseando el poeta alejarle á cualquier costa, recurre á una extraña conmocion popular, á fin de que Yocasta quede sola con el pastor.

Se ve, pues, que al llegar el punto crítico de la tragedia, al descubrirse que Layo era nada menos que padre de Edipo, ni aun siquiera se halla en la escena este personage principal; y Yocasta es la que desata el nudo dramático. ¡Cuánta mayor maestría desplegó en este punto Sófocles! En su tragedia acontece todo lo contrario: Edipo es el que á fuerza de instancias, y á pesar de los consejos de Yocasta, averigua el secreto fatal que le hace el mas infeliz de los hombres; y apenas sabe su destino, se retira horrorizado, dejando escapar de sus labios estas tremendas palabras: «¡O sol, por la postrera vez te veo!» Mas en la tragedia de La Motte, Yocasta apura hasta las heces de la desgracia, sin retirarse silenciosa, como en el drama griego, para librarse con la muerte de tan horrenda situacion; antes bien encarga prudentemente al pastor, que pues es el único que sabe aquel secreto, conviene que lo calle.

Rehusa luego Yocasta, al principio del acto quinto, revelarlo á Edipo; le deja solo é inquieto; y despues sabe este, de boca de uno de sus hijos, que Yocasta se ha dado muerte con un puñal, y que le ha enviado al espirar un billete, en que le aclara el terrible misterio: Edipo se entera de él, y se mata; quedando al fin en la escena Eteocles y Polinices.

No creo posible disponer peor la catástrofe de esta tragedia: el fatal golpe de la suerte, que debiera herir cual un rayo la cabeza de Edipo, llega á él como de rechazo y á manera de una bala fria; asi es que no produce en el ánimo de los espectadores los sentimientos que parecian tan naturales, ni causa sorpresa ni terror ni lástima.

Débese notar tambien que cuando se toma de la historia ó de la tradicion algun argumento muy conocido, cabe la libertad de variar á placer las circunstancias accidentales, para acomodarlas al drama; pero debe procurarse dejar intacto el fondo del asunto, para ganar asi mas fácilmente crédito con los espectadores, en vez de contrarestar el concepto que de antemano hubiesen formado. Lejos de hacerlo asi, La Motte desfiguró el hecho principal; no dió á Edipo el carácter que le atribuye la comun opinion; y no temió contradecir una cosa tan sabida como es que ese desdichado monarca se sacó los ojos, condenándole la suerte á arrastrar lejos de su patria el peso de la vida. Sin duda creyó el poeta frances que con las mudanzas que hacia mejoraba su composicion; pero lo que logró únicamente fue verla morir á los pocos dias, como un engendro mal nacido, mereciendo que Voltaire hable de ella con el desenfado y donaire que tan naturales le eran: « Muchos medios hay (decia de paso en sus *Comentarios* á las obras de Corneille) de llegar á lo frio y á lo insípido: La Motte, uno de los mejores ingenios que hoy poseamos, ha llegado á ese tér-

mino por otro camino; por una versificacion desmadejada, por la aparicion en la escena de dos hijos grandazos de Edipo, y por la falta total de terror y conmiseracion.»

Si apartando la vista del teatro frances, la volvemos al de otras naciones, poco parece que deberá prometernos el de Inglaterra, respecto del punto de que se trata; porque su índole peculiar, inclinada hasta el extremo á la originalidad é independencia, ha debido alejarle de presentar desenterrado, al cabo de tantos siglos, un argumento como el de *Edipo*, con sobrada reputacion de seco y descarnado.

La primera tragedia con ese título que ofrece la literatura inglesa es la que dió á luz Alejandro Heville, en 1581; pero no se compuso para representarse, ni era mas que una traduccion de la de Séneca: cosa que debe parecer muy natural en una época de erudicion, en que el saber mismo no estaba exento de pedantería, y en que hasta la reina no se desdeñaba de traducir otra tragedia del poeta latino. Mas cabalmente por ese tiempo, ó muy poco despues, empezó á florecer el genio extraordinario destinado á dar impulso y norma al teatro de su nacion; y el gusto que desde entonces se apoderó de la escena inglesa ha sido poco favorable á asuntos tomados del teatro griego, sencillos en demasía, y que no consienten soltar el libre vuelo á la imaginacion.

Asi es que por espacio de casi un siglo no hallamos ninguna otra composicion sobre el argumento

de *Edipo;* y tenemos que llegar hasta el reinado de Cárlos II, para encontrar una original, representada en el teatro de Lóndres, y compuesta por dos poetas de mérito, como lo fueron Dryden y Lee.

Por extraño que parezca, es justo decir que de cuantos dramáticos modernos han manejado el argumento de *Edipo*, tal vez ninguno haya estado poseido de tanto entusiasmo como esos autores respecto de la composicion de Sófocles: no solo repiten que es la tragedia mas perfecta que nos haya dejado la antigüedad, sino que el poeta griego *es admirable en todo el curso de su obra; y que por lo tanto han procurado seguirle, lo mas de cerca que les ha sido posible*, sintiendo que la distancia que media entre el teatro antiguo y el moderno no les haya consentido seguir un rumbo que les parecia, aunque apenas se atreven á decirlo, *el mas natural y el mejor.* Debe de ser pues extremadamente curioso contemplar á un poeta como Dryden, prendado de una obra tan sublime y sencilla, ya esforzándose por imitarla, y ya alejado de su intento por el gusto dramático de su nacion, por el peculiar de su época, y por su propio ingenio, fogoso y lozano, aficionado á correrías y escarceos.

Conocieron desde luego los mencionados dramáticos que la falta capital del *Edipo* de Corneille (único que hasta entonces hubiese salido á luz) consistia en el episodio de Teséo y Dircéa; pero por seguir la corriente de la costumbre, que exigia

que hubiese en las composiciones dramáticas *una segunda trama, en que interviniesen personas subalternas, dependientes de las principales,* entretejieron tambien un episodio, y por desgracia de amores, y tan inoportuno y desacertado que no cabe mas. Una hija de Layo, que en la tragedia inglesa se llama Eurídice, es solicitada con mas instancia que decoro por Creon, hermano de la reina, en tanto que ella ama tiernamente á Adrasto, príncipe de Argos: ofreciéndose desde luego á la vista un cuadro muy comun en el teatro español, de una dama requerida de amores por dos galanes, uno favorecido y otro desdeñado. Dryden critica con razon á Corneille porque presentó en su drama á un héroe como Teséo, tan famoso que anubla al mismo Edipo; y por huir de este defecto, introduce á su príncipe de Argos, á quien tiene que traer cautivo, es decir por los cabellos, para que pueda hallarse en Tebas, sin dejarle hacer en todo el drama sino el papel mas insulso y frio: y á fin de que forme contraste con su rival, ha reunido todas las plagas y defectos del mundo sobre el personage de Creon. No parece sino que Dryden no podia apartar de su mente, al bosquejarle, al *Ricardo III* de Shakspeare; y haciendo al príncipe griego corcovado y deforme, le atribuyó un alma parecida á su cuerpo, la mas pérfida y cruel. Ya conspira torpemente para usurpar el trono; ya se vale para lograr sus fines del fingimiento y del perjurio; ora calumnia á la inocencia; ora se muestra insolente y provocativo; y un personage

tan bajo y odioso, interpuesto entre los demas como una culebra que se enreda á los pies, no sirve sino para entorpecer el curso de la accion principal.

En el acto primero, despues de una escena de enamoramiento, ó por mejor decir, de villanos denuestos entre Eurídice y Creon, y despues de una insurreccion popular tan intempestiva como inútil, preséntase Edipo, vencedor del príncipe de Argos, á quien trae cautivo; dale al punto libertad y le envia á requebrar á Eurídice; y en este punto, entrando el pueblo precedido de sacerdotes, siguen unas escenas parecidas á las primeras de la tragedia griega, en que Edipo habla con el pueblo sobre la causa de sus males, y le anuncia que ha enviado á Délfos á consultar al oráculo: llega en efecto el mensagero, y dice que los dioses exigen que se castigue el asesinato de Layo. Edipo se prepara á descubrir al culpable, y pronuncia contra él las mas terribles imprecaciones; imprecaciones que Yocasta acepta para sí y para los suyos, saliendo desapercibida en aquel instante, y creyendo que Edipo está dirigiendo sus votos al cielo: idea verdaderamente trágica y digna del poeta.

Al principio del acto segundo, por llenar espacio y para lisonjear el gusto del público, ha colocado Dryden una escena que puede llamarse de *fantasmagoría*, en que aparecen prodigios y fenómenos terribles en el cielo, y hasta las cabezas de Edipo y de Yocasta con sus nombres en letras

de oro, en medio de las nubes. Despues sale el adivino Tiresias, anciano ciego y venerable, y que es quizá la figura mas grande y bella de cuantas ofrece Dryden en su cuadro; habiendo probado cumplidamente, en mi dictámen á lo menos, que ese personage de la tragedia griega pudiera presentarse con el mayor éxito en el teatro moderno; como no ha temido hacerlo Schiller, presentando á otro semejante en una de sus mas célebres composiciones.

Edipo ordena al Adivino que descubra quién fue el homicida de Layo; Tiresias empieza á sentirse inspirado; su hija canta un breve himno á Apolo, y en seguida declara Tiresias que *el culpable vive y es poderoso*, y que *era de la sangre de Layo quien le quitó la vida.* De cuyas palabras equívocas se vale el poeta para dar lugar á un incidente; cual es que se sospeche (no sé si con bastante fundamento, no apoyándose sino en el dicho inverosímil del resentido Creon) que Eurídice haya podido quitar la vida á su padre; y que despues Adrasto, como el Teséo de Corneille y como todo amante de comedia, haga vanos esfuerzos por morir en lugar de su querida. Mas el Adivino intercede hasta cierto punto en favor de ambos; y como se dispone á invocar á los dioses infernales, para que aclaren el terrible misterio, suspéndese hasta entonces el decidir sobre la suerte de los príncipes, y en el ínterin Edipo y Yocasta se retiran para ir á acostarse.

El acto tercero principia con dos escenas del

todo superfluas, una entre Creon y Eurídice, y otra con ambos y Adrasto, en que provocado este por su indigno rival, sacan ambos príncipes la espada, y empiezan á reñir, mas á tiempo que saliendo uno de la corte del rey, acompañado de una guardia, los aparta, como pudiera una ronda á dos caballeros; y les encarga que no profanen aquel lugar tremendo, que es un bosque consagrado á las Furias, en el cual va Tiresias á celebrar un acto religioso. Es de advertir que Dryden y su compañero habian hablado con esta severidad del *Edipo* latino: «Por otra parte Séneca, como si la naturaleza fuese una cosa de que ningun caso debiera hacerse en un drama, solo anduvo á caza de expresiones pomposas, de sentencias agudas y de máximas filosóficas, mas propias de un estudio que de un teatro..... y de ese autor no hemos tomado ninguna idea sino la de presentar á vista de los espectadores la evocacion de la Sombra de Layo, que el poeta latino puso en narrativa.»

Este es el espectáculo que se presenta ahora: Tiresias, acompañado de un coro de sacerdotes, celebra los terribles ritos; y despues, al resplandor de los relámpagos, van pasando las Sombras entre los árboles, hasta que al fin aparece la de Layo en el mismo carro en que fue asesinado. El poeta ha imaginado con mucho tino que se sienta sonrojado y rehuse aclarar el fatal secreto; mas al cabo rompe el silencio, y concluye con estas enérgicas palabras, capaces de infundir gran terror

en el ánimo : «¿Preguntas quién me asesinó?... fue Edipo. ¿Quién mancha mi lecho con incesto?.. Edipo. ¿Quién os atrae la maldicion del cielo ?... Edipo.—Mas alli viene el parricida!... No puedo sufrir su presencia; mis heridas se resienten al verle; su aliento homicida emponzoña mi sustancia aérea!... Lejos de aqui, desterradle, arrojadle fuera; las plagas que consigo lleva marchitarán vuestros campos, y señalarán su camino con la devastacion... Echadle de Tebas, de mi trono, de mi lecho: vedadle la tierra; yo le vedaré el cielo.»

Apenas desaparece la Sombra, se presenta Edipo: pregunta con instancia lo que ha manifestado Layo; niégase el Adivino á decírselo; y se desarrolla una escena muy parecida á la de Sófocles. Tambien siguiendo sus huellas, ha imaginado el poeta ingles, aunque con escasa verosimilitud, que Edipo sospeche que el Adivino ha sido sobornado por Adrasto; y alejándose al fin todos, quédase el monarca solo con Yocasta.

Desde este punto hasta el final del acto, la tragedia inglesa no es mas que una imitacion de la griega: la reina, para desacreditar los oráculos, manifiesta lo que uno de ellos habia predicho respecto de su hijo, y cuan diversa habia sido la muerte de Layo: esta re acion, destinada á tranquilizar á Edipo, excita hasta lo sumo su inquietud; recuerda las circunstancias del fatal encuentro que habia tenido en el propio sitio y por la misma época; confia á su esposa lo que le habia

vaticinado el oráculo de Délfos; mas ya que, segun se creia, Layo habia muerto á manos de unos cuantos, esta circunstancia le hace suspender el juicio, y desea que el único testigo de aquel hecho, puesto que aun vive, venga á sacarle de tan cruel incertidumbre.

En el acto cuarto sábese que ha llegado este, y que se niega á referir el hecho, temiendo disgustar al rey: y cuando los espectadores deben estar mas ansiosos de saber las resultas de situacion tan interesante, vuelve á estallar otra insurreccion tan inútil como la primera, en que el pueblo se presenta á Edipo, pidiendo su expulsion del reino; él reprende su atrevimiento, los confunde, y manda castigar á algunos, con la singular advertencia de que á uno, por ser noble, se le corte la cabeza, y á otros de la vil turba se les imponga la pena ordinaria de horca. Mas Tiresias alcanza el perdon de los culpados; y Edipo determina que se espere la declaracion de Phórbas, para ver si el Adivino ha dicho la verdad, ó si merece la muerte por haberse prestado á la calumnia.

A cuya sazon llega un mensagero de Corinto con la nueva h aber muerto aquel rey; y en este punto se echa de ver o que daña la falta de templanza, tan necesaria en las obras de ingenio como en los afectos del ánimo: Sófocles se habia contentado con que Edipo reciba con cierta frialdad la noticia de la muerte de Polibo, trasluciéndose apenas en sus expresiones que se le habia quitado un peso del corazon, al ver que su padre

no habia perecido á sus manos, como habia predicho el oráculo, sino de muerte natural; pero Dryden sacó á plaza y exageró tanto ese sentimiento, que Edipo aparece desnaturalizado y odioso. ¿Ni quién podrá tolerar sin indignacion que un hijo se complazca de la muerte de su creido padre, y que lleve la impudencia hasta el punto de desear que se enciendan hogueras en la ciudad, como muestra de regocijo, aludiendo al fin á cánticos de albricias?...

Edipo empieza entonces á burlarse de los oráculos; mas con todo, anuncia su resolucion de no volver á Corinto, por temor del incesto; y para disipar este recelo, dícele el mensagero que no era hijo de Polibo, y le cuenta como se lo entregaron en el monte Citeron: Yocasta, columbrando ya la verdad, hace vanos esfuerzos para que Edipo no apure el fatal misterio; pero el rey se obstina en saberlo, y hace venir á Phórbas para que de una vez lo aclare. Ya se deja ver que en toda esta parte del drama de Dryden se sigue como pauta el de Sófocles, descubriéndose por el mismo medio que Edipo es hijo de Layo y de Yocasta; únicamente el poeta ingles ha querido poner mas en claro, con una respuesta de Phórbas, que Edipo habia sido realmente homicida de su padre. Descubierto uno y otro secreto, no se retira aquel infeliz, como en la tragedia griega, dejando temer las mayores desdichas de una desesperacion reconcentrada: tal vez este final del acto hubo de parecer deslucido á Dryden: y afeó una situacion tan

trágica y hermosa, haciendo que Edipo saque la espada, y quiera traspasarse el pecho; y que impidiéndoselo Adrasto, se desahogue en una declamacion afectada y fria.

El misterioso enigma aparece aclarado, en una y otra tragedia, antes de principiar el quinto acto: veamos lo que hizo Dryden para llenarle; porque de cierto no se avendria tampoco á reducirse, como Sófocles, á narrar la catástrofe de Yocasta y de Edipo, y á expresar los sentimientos que debian nacer naturalmente de situacion tan horrorosa. Mas en el drama inglés preséntase desde luego Creon, que ha usurpado el trono, y que desea desposarse con Eurídice ó matarla, y vengarse de Adrasto; sábese en el ínterin que Edipo se ha sacado los ojos; pero los dos competidores solo tratan de disputar entre sí la anhelada prenda; y llegando á decidir la contienda por la via de las armas, dejan en medio del tumulto despejada la escena, para que la ocupe Edipo, y poco despues Yocasta.

Dryden reunió malamente en este lugar, como lo habia hecho Séneca, á la madre y al hijo; pero aun cometió otro desacierto mayor, contrario á la sana moral, á la verosimilitud, y al decoro dramático: el horror de Edipo, que pide á Yocasta que se aleje de su vista, se disipa en breve; y con solo decirle esta que *el hado únicamente los ha hecho criminales, pero que él es todavía su esposo*, Edipo se conforma buenamente, y se muestra dispuesto á que su madre duerma en sus brazos.

Por fortuna la Sombra de Layo sale á buen tiempo del centro de la tierra, para impedir semejante escándalo; y como el caso no era para menos, pierde el juicio Yocasta, y se retira de la escena, apellidando á su primer esposo.

Se conoce que al final no sabia el poeta como deshacerse de tantos personages, para concluir su tragedia; y echó mano de cualesquiera medios, por inverosímiles y absurdos que fuesen. Creon sale amenazando con un puñal á Eurídice, y exige de Adrasto que renuncie á su victoria, que se quede solo, y arroje hasta la espada, so pena de ver morir á su querida; y al concluirse esta escena, mas propia de un melodrama ridículo que de una tragedia grave, Creon da de puñaladas á Eurídice; su amante mata á Creon; y los soldados de este vengan su muerte con la del príncipe de Argos.

Como estos tres personages no han servido de mucha utilidad para el curso del drama, ni han excitado en favor suyo el mas mínimo interes, su pérdida no puede ser muy sentida; y los espectadores solo han de anhelar saber lo que haya sido de Edipo y de su desventurada madre. Esta, en el arrebato de su furor, ha ahorcado á sus dos hijas, y matado á sus hijos; y el poeta no ha temido lastimar la vista del público con un espectáculo tan horroroso, presentando á Yocasta, llena de heridas y moribunda, en medio de su prole ensangrentada; espira al fin, lisonjeándose en su frenesí con que siempre será suyo Edipo; y este

desgraciado, preso en una torre, se asoma en tan mala hora á una ventana, y se arroja por ella de cabeza.

A tales extravíos arrastra una imaginacion vigorosa y desmandada, una vez roto el freno de la razon y del buen gusto: un gran poeta, manejando un asunto bellísimo, y con un ejemplar casi perfecto ante sus ojos, solamente logró presentar algunas hermosas imitaciones, lucir tal cual destello de su claro ingenio, y ostentar su maestría y facilidad en la versificacion; pero no dió á luz sino una composicion monstruosa, que apenas logró sobrevivir á su autor.

Tal vez el corto éxito de la composicion de Dryden y de Lee contribuiria tambien por su parte á alejar á los poetas de tentar otra vez en las tablas el mismo argumento; lo cierto es que, desde principios del siglo pasado hasta el dia, no parece que se haya representado en el teatro inglés ninguna tragedia de *Edipo;* y los literatos de esa nacion se han contentado con publicar varias versiones de la tragedia de Sófocles, entre las cuales es quizá la mas conocida la que publicó Tomas Franklin en 1759, por haberse reimpreso luego mas de una vez con la traduccion de los dramáticos griegos.

La literatura de Alemania no ofrece ningun drama original, á lo menos de algun renombre, que verse sobre el argumento de *Edipo:* cabalmente el teatro trágico de esa ilustrada nacion puede decirse nacido en nuestra edad; y los au-

tores que le han dado tan temprana fama, dotados de mucha imaginacion y osadía, y maestros de una nueva escuela dramática, mal pudieran haber gustado de seguir con estrechez las huellas de los Griegos, y en un argumento que puede apellidarse *clásico* por excelencia.

Mas no por eso se han desdeñado los literatos alemanes de trasladar á su lengua la hermosa composicion de Sófocles; siendo muchas las traducciones que de ella han hecho, como la de Manso, la del conde de Stolberg, la de Holderlin, la de Solger, y alguna otra, de mas ó menos mérito.

Lo contrario que del teatro aleman, y por razones diametralmente opuestas, parece que debiera esperarse del teatro italiano: habiéndose cultivado la tragedia en él antes que en los demas de Europa, debió tal vez al tiempo y al terreno mismo en que nació cierto gusto de antigüedad, tan extremado que llegó á causarle perjuicio; porque le privó del vigor y lozanía de la juventud: como habria necesariamente de acontecer á quien solo se criase entre ruinas y catacumbas. Mas á pesar de esta manía, mas propia de anticuarios que de poetas, y de tantos centenares de composiciones dramáticas sobre asuntos griegos, no creo que el antiguo teatro italiano presente ninguna fundada en el argumento de *Edipo*, que haya logrado mucha reputacion. Sé bien que el abate Quadrio cita como *una de las mas famosas* que posea su nacion la que compuso J. A.

de Anguillara; pero lo cierto es que cuando en el siglo próximo pasado reunió el célebre Maffei, en su *Teatro italiano*, las muestras mas selectas del caudal trágico de Italia, no incluyó ningun drama original de *Edipo;* y hubo de contentarse con la traduccion del de Sófocles, hecha á fines del siglo XVI por un noble de Venecia, llamado Orsatto Justiniano; la cual, por la fidelidad con que refleja la belleza del original, por su estilo terso y limpio, y por su versificacion flexible y suelta, alcanzó el privilegio de hallar cabida en tan apreciable coleccion. Y nótese que el que hizo esta, autor de la famosa *Mérope*, era el juez mas competente en la materia, y lejos de querer ocultar ó disminuir las riquezas literarias de su nacion, hizo cuanto estuvo de su parte para que apareciesen mayores.

Despues de la afortunada tentativa de Maffei no dió señales de vida la Musa trágica italiana hasta que floreció Alfieri: y es por cierto no poco extraño que este poeta, cuya aficion al gusto griego frisaba quizá en afectacion, y que se empeñaba en sacar fruto de los argumentos mas áridos, no echase mano de uno tan célebre, y que parecia muy propio de su genio. Mas fuese por una causa ú otra, el hecho es que no compuso ninguna tragedia de *Edipo;* y entre alguna otra que apareció por la misma época, solo se ha salvado del olvido la que dió á luz por los años de 1790 un poeta de gran talento y de mayores esperanzas, malogradas con su temprana

muerte. Esta composicion de Cárlos Forciroli, de que vamos á tratar ahora, se representó con éxito en varias ciudades de Italia, y fue escogida, como la mejor de cuantas versan sobre el mismo argumento, para incluirla en la coleccion del *Teatro italiano applaudito*, que se publicaba en Venecia al espirar el siglo.

La tragedia de Forciroli ofrece una ventaja notable sobre los demas *Edipos* modernos; y es que no contiene episodios extraños; mas por desgracia el autor, mejor poeta que dramático, se mostró escaso y poco acertado en el artificio de la fábula, y creyó tal vez encubrir los huecos y partes endebles de la obra con el lujo ambicioso del ornato. El acto primero puede decirse que en realidad se reduce todo él á la escena cuarta; y si en esta no faltan bellezas, en que luce la imaginacion florida del autor, forzoso es confesar que tiene corto mérito como parte de un drama. En esa escena, sobrado larga y prolija, se verifica la *exposicion* del argumento; pero de una manera lenta, comun, y poco sagaz: Yocasta manifiesta á su confidente el ensueño que ha tenido, en que se le ha aparecido Layo, á fin de que venguen su muerte; y esto da ocasion á que la confidente pregunte las circunstancias de ese fatal suceso.

Para que esta curiosidad tardía no parezca tan inverosímil, ha tenido que suponer el poeta que Ismenia, nacida en pais extraño, habia sido traida luego á Tebas en cautiverio; pero es fácil

que los espectadores perciban que á ellos va encaminada la relacion de Yocasta, y no á la persona que está de planton en la escena, meramente para escucharla: pues no es probable que tratándose de un hecho no muy antiguo y de tamaña gravedad, ignore todas sus circunstancias quien ha tenido tiempo para adquirir tanta intimidad con la reina, llegando hasta el punto de equivocarse, suponiendo que murió Layo en su propio palacio.

Lo peor es que, al llegar el acto segundo, se ocurre la duda de si habrá sido inútil todo el precedente; puesto que aquel bastaria para una buena *exposicion*, empezando, asi como la tragedia de Sófocles, por una escena en que el Sumo Sacerdote y el pueblo piden socorro á Edipo, para que procure salvarlos de tantos males, y el rey les manifiesta que ha enviado á consultar á un oráculo, para indagar el medio de conseguirlo. Llega poco despues el enviado; y sábese de su boca lo mismo que se habia inferido del sueño de Yocasta; á saber: que los dioses ordenan el castigo del asesinato de Layo. Mas el poeta se ha mostrado poco diestro parándose en un punto sobre el cual debiera haber pasado velozmente, como sobre ascuas: nunca puede parecer muy verosímil que Edipo ignore las circunstancias de la muerte de un rey, á quien ha sucedido en el trono y en el tálamo; pero por lo mismo debiera evitarse que diga, llevando ya algunos años de reinar en Tebas, que *como extrangero, apenas habia oido*

nombrar á Layo, ó el mostrarse tan poco indagador, siendo muy curioso de suyo, que estuviese en el equivocado concepto de que *la Sombra de su predecesor descansaba en paz, habiéndose por lo menos derramado sobre su sepulcro, para satisfacerla, la sangre del homicida.*

Despues de las imprecaciones de Edipo contra el culpable, y de un juramento solemne, sobre el ara terrible de Ismeno, por el cual se obligan asi el rey como los principales Tebanos á perseguir de muerte al delincuente, retírase el concurso; y queda Edipo solo con Yocasta. En cuyo lugar ha colocado el poeta una escena de las mas importantes del drama, la cual me parece que encierra algunos defectos capitales. Ante todas cosas, creo que aun no era tiempo de revelar al público el importante secreto que cada uno de ambos esposos guarda; y que hubiera convenido, como en la tragedia de Sófocles y en la de Voltaire, aguardar á que el nudo dramático estuviese mas enredado, á que el espectador conociese mejor á los personages, y les hubiese, por decirlo asi, tomado mas cariño. Aun mas esencial era el que la revelacion recíproca de tan graves secretos apareciese motivada, respecto de ambos interlocutores; y que una circunstancia reciente, y si pudiere ser, nacida en el momento mismo, fuese la que les forzase á romper el silencio entonces, no habiéndolo hecho antes. Mas no sucede asi en la tragedia italiana: cuando la Sombra de Layo, cuando los mismos dioses acaban de manifestar que

el castigo de Tebas procede de la muerte dada á aquel rey, sospecha Yocasta que pueda nacer tambien de haber ella expuesto á su hijo, y se lo refiere á Edipo; y este á su vez cuenta á su esposa lo que le habia vaticinado el oráculo de Délfos.

En otra falta incurrió tambien el poeta, por no haber hecho alto en un primor de Sófocles: supone este que los dioses habian predicho á Yocasta que el hijo que de ella naciese mataria á su propio padre; y que á Edipo le habian pronosticado que se mancharia con parricidio é incesto. Asi es que, cotejando uno y otro vaticinio, se nota bastante semejanza entre ellos para excitar sorpresa é inquietud; pero no se advierte una identidad completa, como la que supuso el poeta italiano, la cual aclara sobradamente el misterioso nudo que es el alma de esta composicion.

Aun se percibe mas de lleno este mismo defecto en lo que á continuacion sigue: pues sin mas que comparar las circunstancias del lance que refiere Edipo, con lo que sabe Yocasta respecto del homicidio de Layo (segun lo que manifestó á su confidente) poca duda podia quedar á la reina de quien hubiese dado muerte á su primer esposo; y por lo menos los espectadores deben estar casi plenamente convencidos, antes de concluirse el acto segundo, de que Edipo es el homicida cuyo descubrimiento tanto cuesta. ¿No es demasiado pronto para empezar á satisfacer la curiosidad, en vez de estimularla, mos-

trándole oscuro y remoto el término que anhela descubrir?

Aun si quedase alguna duda á los espectadores, acabaria de disiparse desde la primera escena del acto siguiente: pues habiendo venido para declarar el solo estigo de la muerte de Layo, rehusa manifestar al Sumo Sacerdote el nombre del reo, y aun dice expresamente que cada palabra suya ha de costar muchas lágrimas al rey. De donde resulta que por haber dicho el poeta mas de lo conveniente, ha disminuido gran parte del interes que debiera excitar la escena inmediata, en la cual Edipo obliga á Phórbas, á fuerza de instancias y amenazas, á revelar el fatal arcano.

Convencido de su crímen, al traerle á la memoria todas sus circunstancias, resuelve el rey abdicar el trono y abandonar á Tebas, doliéndole en el alma dejar á sus hijos y á su esposa, cuya vista quiere evitar... mas á tiempo que, muy agena de lo acaecido, se presenta Yocasta: situacion interesante y bella, mejor imaginada que desempeñada por el poeta.

Antes de concluirse el acto tercero, habia mandado Edipo convocar al pueblo, para despedirse de él y manifestarle su última voluntad; y probablemente los espectadores esperan esta escena, magnífica y tierna, al principio del acto siguiente; pero por desgracia no llega sino al final, y lejos de haberse llenado el espacio anterior con cosas necesarias, ó por lo menos útiles, pudieran

suprimirse cuatro escenas, sin que se echasen menos para el curso del drama. Asi es que se falta á una regla importante en la práctica del teatro, cual es no dejar nunca fallida la expectacion del público, y mucho menos ofrecerle escenas de mero ripio, cuando cabalmente es mas vivo é impaciente el anhelo que se ha despertado en su ánimo. Acabando de ver juntos, despues del fatal descubrimiento, á Edipo y á Yocasta, ¿qué atencion pueden poner los espectadores en lo que diga el Sacerdote á un confidente ocioso, acerca del pesar de la reina, ó en las querellas con que esta misma se desahogue ante una persona indiferente? Todo ha de parecer leve y frio, comparándolo con la situacion recíproca de ambos esposos; y hasta no sé si quepa volver á presentarlos juntos en tales momentos, como lo hizo Forciroli en la escena tercera de ese acto; porque el progreso de la accion dramática y la misma condicion natural del hombre exigen, cual regla esencialísima, que se evite presentar dos ó mas veces á los mismos personages en situacion idéntica, cuando no habiendo mediado ningun nuevo incidente, tienen que expresar poco mas ó menos los mismos sentimientos que antes.

Al cabo, en la escena quinta, se ofrece un cuadro propio y digno del asunto; Edipo va á despedirse de su familia y de su pueblo: ¡cuánto no es de sentir que el poeta no se haya limitado á la expresion de afectos, sencilla y patética, que tal situacion demandaba! Porque, si no me en-

gaño, la mitad de esa escena ostenta cierta pompa, cierto artificio y estudio, que han de recordar á los espectadores que estan en el teatro, cuando debiera procurarse con mas ahinco que lo olvidasen, para conmover su corazon. El trono colocado en medio de una plaza, el subir á él Edipo con Yocasta, el dar principio con una arenga fria, todo eso, digo, no me parece muy conforme á la verdad de la imitacion, y descubre sobradamente la mano del poeta: hubiera tal vez valido mas reducirse á lo que despues hace Edipo, cuando se despide afectuosamente de los próceres del reino, y deja en sus brazos á sus tiernos hijos, encomendándolos á su lealtad, y poniéndolos bajo el amparo especial de los dioses.

No sé si el temor de que resultase demasiado corto el acto quinto, ó el deseo de aprovecharse de una decoracion magnífica, incitó al poeta á principiar con una escena inútil, y colocada en mi juicio fuera de sazon. Estando ya tan adelantada la accion dramática, cuando debiera correr con mas rapidez á su término, y sabiendo ya los espectadores que ha llegado un mensagero de Corinto, no me parece oportuno intercalar una escena, únicamente para mostrar á Edipo y á Yocasta al pie de la tumba de Layo, y anunciar al público que ha rehusado aceptar sus ofrendas.

La aclaracion del nacimiento de Edipo se verifica en la tragedia italiana en los mismos términos que en la griega, por medio del mensagero de Corinto y de la declaracion de Phórbas; pero

al llegar el punto crítico de descubrirse que Edipo era hijo de Layo, siempre echo menos el arte de Sófocles, tanto mas admirable cuanto no aparece. ¿Se sabe ya el parricidio y el incesto? Pues apártense al punto Edipo y Yocasta, y dejen á la imaginacion de los espectadores medir con terror y asombro el abismo que separa á entrambos; pero si les ven, como en la composicion italiana, que se llaman primero *madre* é *hijo*, que van despues á abrazarse, y suspendiéndose en medio del camino, repiten luego el usado nombre de *esposo* y de *consorte*, ¿no es de temer que ese cuidado manifiesto del poeta, y su desconfianza del alcance del público, acorte el vuelo de la fantasía, que ha menester libertad y un espacio sin límites?

Por lo que respecta á la *catástrofe*, poseido Edipo de su furor, saca el acero y va á herirse, estorbándoselo Yocasta y Nearco: retírase entonces, anunciando á la reina que aquella es la última vez que le hablará en la vida; y al saberse poco despues que se ha sacado los ojos, se mata Yocasta en el teatro.

Me he limitado á dar una sucinta idea del plan y armazon de la tragedia de Forciroli, por exigirlo asi el objeto de este escrito; pues mi ánimo no podia ser ni calificar detenidamente las dotes del estilo, mas rico y galano que enérgico y nervioso, ni pararme á celebrar el mérito de la versificacion, en general rotunda y fácil.

En lo que va de este siglo, no ha dejado de re-

presentarse en Italia alguna que otra tragedia de *Edipo*, como la del caballero Giusti, de Bolonia; pero ni sé que se hayan impreso, ni las he habido á las manos para poder examinarlas: solo me consta que hasta el dia de hoy pasa la composicion de Forciroli como la mejor de su clase, ó es tal vez la única que haya alcanzado fama.

Pero ya es tiempo de dar fin á esta especie de reseña, tratando por último del teatro español; como quien, cansado de peregrinar, viene á parar con gusto á la propia casa. Ni nuestros antiguos dramáticos ni los de época posterior han tanteado siquiera este argumento; nunca, á lo menos que yo sepa, se ha presentado en las tablas; y solo los aficionados á estas materias tienen noticia de la traduccion del drama griego, hecha por Don Pedro Estala á fines del siglo pasado, con bastante correccion, buen lenguaje, y fáciles versos. Esta composicion, mero trasunto de la de Sófocles, no se representó, ni se publicó con ese intento; y hasta es de advertir que el traductor español estaba persuadido de que el argumento de *Edipo* es muy poco á propósito para grangear aplauso en el teatro moderno, citando en apoyo de su opinion lo que habia sucedido á un Corneille y á un Voltaire. « Estos dos grandes trágicos (dice Estala en su *Discurso preliminar*) quisieron trasladar á nuestro teatro esta obra maestra de la escena griega; variaron de circunstancias, introdujeron diversos episodios, é hicieron otras muchas alteraciones: á

pesar de todos sus esfuerzos, las imitaciones de una obra tan excelente salieron pésimas, como se puede ver en la crítica que hace de ellas el P. Brumoi. ¿Y esto porqué? Porque el fondo de esta tragedia no es una pasion humana ni los efectos de ella, sino una ciega fatalidad, que nada significa para nosotros; y como esta y el odio á la monarquía constituyen su naturaleza inalterable, por mas episodios que se añadan, por mas ingenio que se emplee en combinar su plan de todos los modos posibles, jamas podrá interesar vivamente á nuestro público. » Sin entrar á pesar el valor de estas reflexiones, que ofrecerian vasto campo al exámen y controversia, me contentaré con decir que el dictámen de ese humanista es absolutamente opuesto al mio: opinaba él que el fondo del argumento de *Edipo* no es acomodado á la escena moderna, á pesar de los episodios que se le añadan y de cuantos esfuerzos se hicieren para variarle; y á mí me parece, por el contrario, que el tal argumento es muy propio aun hoy dia para una tragedia; y que cabalmente esos episodios y esos esfuerzos, á que alude Estala, han sido la causa principal de deslucirle y afearle.

Asi es que el ejemplo, ó por mejor decir, el escarmiento de unos trágicos tan famosos no ha servido para probarme, como al traductor español, que el argumento de *Edipo* no sea á propósito para el teatro moderno, sino que era preciso seguir otro rumbo, apartándome del que

ellos siguieron, y acercándome (en cuanto lo consintiesen mis fuerzas y las circunstancias de nuestro teatro) al que habia conducido á Sófocles al término deseado. En una palabra: ya resuelto á valerme de este argumento, creí que debia proponerme como fin principal ver si me era dable vaciar el metal antiguo, sin liga ni mezcla de materia extraña, en un molde moderno: no es esto decir que lo haya conseguido; pero sí confesar que lo he intentado.

Firme en este concepto, puesta la mira en la tragedia de Sófocles, y proponiéndomela como dechado, lo primero que debí procurar fue evitar los defectos que con mas ó menos razon han solido imputársele. El mas grave, y en el que han convenido todos los críticos, es en lo poco verosímil que aparece en la tragedia griega el que Edipo, que lleva ya algunos años de reinar en Tebas y de estar casado con la viuda de Layo, haya aguardado hasta aquel dia para informarse de las circunstancias que acompañaron la muerte de ese príncipe. Este defecto aparece tan íntimamente unido con las entrañas mismas del argumento, que no es fácil arrancarle de ellas; y si no destruye todo el cuerpo de aquella obra, consiste en la razon que indicó con mucha sagacidad Aristóteles; á saber: que como esa inverosimilitud no se halla en el curso del drama, sino en los antecedentes, que se dan por supuestos, no causa tanta impresion en el ánimo de los espectadores; los cuales, una vez embargada la aten-

cion por el vivísimo interes del drama, no tienen voluntad ni espacio para volver atras la vista, y advertir que el edificio flaquea por su mismo cimiento. Esta observacion se ve confirmada por la experiencia, y es digna de tan gran maestro; mas con todo, he procurado encubrir esa falta, en cuanto ha estado á mi alcance: con cuyo objeto he omitido todas las circunstancias que la hacen resaltar mas en la tragedia de Sófocles; en la cual aparece mas extraña la ignorancia de Edipo, porque resulta que Yocasta sabia varios pormenores de la muerte dada á su primer esposo, y que tenia noticia del paradero del único testigo de aquel hecho, que todavía viviese.

Algunos críticos, como por ejemplo La Harpe, han censurado tambien en la tragedia griega el episodio de Creon, cuñado de Edipo, á quien sospecha este de haber seducido al Adivino, y de querer valerse de la respuesta del oráculo para usurpar el trono; dando esto lugar á una grave desavenencia entre ambos, que al cabo llega á apaciguarse, gracias á la mediacion de Yocasta, y á las vivas súplicas del pueblo.

Este episodio no es, en mi dictámen, vicioso, ni como tal debe reprobarse; pues me parece natural, suficientemente motivado, y unido con arte á la accion principal; pero por librarme hasta del menor escrúpulo en este punto, me decidí desde luego á arrancar de cuajo todo el episodio, suprimiendo hasta el personage de Creon; con la esperanza de que, si no me hacian falta

esos materiales para completar mi obra, ganaria esta en despejo y sencillez. En lugar pues de todo lo que tiene relacion con ese incidente del drama griego, me ha parecido preferible, como mas allegado al asunto, el que creyéndose Edipo inocente de la muerte de Layo, y buscando cerca de sí al culpable, lleguen á recaer sus sospechas hasta sobre su misma esposa: lo cual contribuirá, si no me equivoco, á graduar el progreso de la accion dramática, acabando de presentar de lleno la triste situacion de Edipo, que lucha á no poder mas con tan fatal incertidumbre. No sé hasta qué punto corresponderá á mis deseos el segundo acto de esta tragedia, que con ese fin he imaginado.

Ultimamente, han creido algunos que como en el drama de Sófocles se revela al fin del cuarto acto el secreto misterioso, que forma el nudo de la composicion, queda este desatado; y satisfecha ya la curiosidad de los espectadores, parece casi inútil el acto quinto, que solo sirve para que se sepan las fatales resultas de aquel descubrimiento. Esta inculpacion me parece demasiado severa, si es que no injusta; pero no admite duda que ganaria la composicion, retardando la aclaracion del secreto que se desea saber, para mantener mas tiempo al público en aquella incertidumbre congojosa, que tan grata es en las representaciones trágicas. Por lo tanto he creido mejor que al fin del acto tercero sepa únicamente Edipo una parte de su desgracia, y

reservar hasta el final de la tragedia el que se entere á fondo de su horrendo infortunio.

Como en el tomo primero de mis *Obras Literarias* presenté el análisis del drama de Sófocles, será fácil, cotejándole con esta tragedia, ver en qué pasages he seguido sus huellas; omitiendo como largo y prolijo exponer las razones que me han movido á variar el plan y contextura de la obra; porque á pesar de mi entusiasmo por tan hermosa composicion, no llega hasta el punto de creer que pueda trasladarse en cuerpo y alma, como suele decirse vulgarmente, una tragedia griega al teatro español.

Debo sin embargo decir, ya que la ocasion se presenta, que á pesar de reconocer las notables diferencias que median entre el teatro antiguo y el moderno, me parece que pudieran aprovecharse en este algunos recursos de aquel, por lo comun sobradamente desatendidos: la asistencia continua del coro, por ejemplo, no tiene duda que embarazaba el curso de los antiguos dramas, y que como inverosímil las mas veces, ha debido con razon suprimirse; pero tambien estimo que, siempre que el asunto lo consienta, la presencia del pueblo y su intervencion en el drama pueden ser muy útiles, para darle mas interes, aspecto mas nacional, y mayor aparato y grandeza. Asi es como Shakspeare, Voltaire, Alfieri y otros trágicos extrangeros, no menos que algun otro de los nuestros, se han valido con buen éxito de ese recurso.

Tambien creeria yo que no debiera desaprovecharse, cuando el asunto se preste á ello, el introducir en la tragedia la música y el canto; pues ya que no sea dable valernos de un hechizo tan poderoso, cual lo hacian los antiguos, no hay razon alguna para no sacar á lo menos de ese arbitrio la utilidad que se pueda. Cabalmente en la obra maestra del teatro moderno, en la *Atalía* de Racine, se nota con admiracion el influjo prodigioso de la música y del canto, ya en los bellísimos coros, y ya en la sublime profecía del Sumo Sacerdote.

Persuadido, pues, de que la asistencia del pueblo y el canto del coro pueden auxiliar, en ciertos casos, á la tragedia moderna, no he querido renunciar al socorro que pudieran prestar á esta composicion; tanto mas, cuanto prescindiendo de otras ventajas, ofrecen ambos recursos la de dar al espectáculo mayor pompa, la de preparar el ánimo de los espectadores para que reciban mas fácilmente las impresiones que se desea comunicarles, y en algunos casos, como acontece en este, la de contribuir por su parte á la verosimilitud dramática. Cuando en el teatro moderno se presenta un argumento antiguo, griego ó latino, debe evitarse con sumo esmero darle cierto aire palaciego y de corte, que se trasluce mas de una vez en las famosas composiciones del siglo de Luis XIV, y que está mas en nuestras costumbres que en las de aquellas gentes. La vida de sus hijos, aun bajo el régimen monárquico, era mas

pública que la nuestra: puede decirse que moraban en las plazas, en los pórticos y en los templos; la religion tenia mas parte en los acontecimientos del estado. Asi me ha parecido que en un asunto tan grave como el que sirve de argumento á esta tragedia, tratándose nada menos que de la salvacion ó destruccion de un reino, era no solo conveniente, sino casi preciso que el pueblo tomase parte en sucesos que tan de cerca le tocaban; y que las súplicas religiosas, los sacrificios y expiaciones públicas, á que se brindaba el argumento, contribuirian á dar al drama un aspecto mas propio, antiguo y venerable.

Tambien soy de dictámen, y por razones análogas á las ya expuestas, que cuando se vuelve á sacar á la escena un argumento griego, debe procurarse eficazmente expresar con la mayor sencillez los sentimientos de la naturaleza, y no desdeñarse de emplear algunos pormenores de familia, si puede decirse asi, creyéndolos tal vez indignos de la elevacion del coturno; en una palabra: conservar en la pintura de costumbres y caractéres, no menos que en la expresion de afectos, aquella especie de *candidez*, que nos cautiva en las obras de los Griegos, á pesar de nuestra corrupcion y vanas pretensiones.

Que eso no impide, y antes bien facilita, guardar otra de las condiciones que juzgo necesarias en tales obras; cual es la de darles, sin desdecir de la condicion del drama, cierto aspecto noble y gala poética, que tan bien asientan á todo lo

que tiene relacion con aquel pueblo privilegiado. No es esto pretender que pueda un drama moderno rayar en la *lírica*, como se nota frecuentemente en el drama de los antiguos, por su diversa índole y circunstancias; pero sí que no solo el conato de dar mayor belleza á tales obras, sino hasta la fidelidad misma de la imitacion, exigen que cuando se haga hablar á los Griegos, se procure pintar con vivos colores su sensibilidad exquisita, su imaginacion ardiente, su lenguaje animado y descriptivo.

Me he detenido mucho mas, antes de presentar esta obra dramática, de lo que he acostumbrado respecto de otras, por razones fáciles de concebir: el argumento de esta tragedia ha sido manejado por muchos autores, y de los mas célebres; y he creido indispensable, como quien temeroso anticipa descargos, manifestar las razones que me han movido á emprender el mismo camino, y á seguir distinta vereda. Es posible que me haya equivocado en mis juicios, y harto probable que huyendo de unos defectos haya incurrido en otros; pero tambien es cierto que por medio de exámen imparcial y de repetidas tentativas es como puede adelantarse en las artes: y como mi objeto no es presentar mis propias obras como dechados, sino ver si puedo contribuir á encaminar por buena senda á la juventud aplicada, no temo que se repute como tiempo perdido el que se ha empleado en examinar un argumento tan famoso.

Debo advertir por último que si en esta trage-

dia, asi como en la de *Morayma*, he indicado con prolijidad muchos pormenores relativos á la representacion, lo he hecho por creer que tales indicaciones no estarán de sobra, si alguna vez hubieren estos dramas de probar fortuna en las tablas: y que cuando mas, serán advertencias inútiles, pero no dañosas; pues de modo alguno impedirán que los actores sigan el instinto de su corazon y dejen campear su talento.

EDIPO,

TRAGEDIA.

PERSONAS.

EDIPO, rey de Tebas.
YOCASTA, reina.
EL SUMO SACERDOTE de Júpiter.
HYPARCO, antiguo ayo de Edipo.
PHORBAS, anciano de Tebas.
UN MENSAGERO de Corinto.
DOS NIÑAS, hijas de Edipo.
Coro, Pueblo, Guardia, Esclavas.

La escena en Tebas.

El teatro representa una plaza magnífica: en el fondo se ve el pórtico del palacio; á su derecha, la fachada del templo de Júpiter; y en el lado opuesto, la entrada del Panteon de los reyes.

EDIPO,

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

(El recinto de la plaza aparece lleno de grupos de gente, con ramos de oliva en la mano y guirnaldas en la cabeza, en señal de súplica, postrada ante dos aras que habrá colocadas á la puerta del templo: despues de oirse los acentos de una música religiosa, y al mismo tiempo que amanece, principia el canto del Coro; y al concluirse este, sale del templo el SUMO SACERDOTE.)

ESCENA I.

EL SUMO SACERDOTE, CORO, PUEBLO.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

(*Las estrofas* 1ª, 3ª *y* 5ª *las cantará un hombre; y las* 2ª, 4ª *y* 6ª *una muger.*)

ESTROFA I.

Si alzamos nuestros ojos,
Rasgarse ven el cielo;
A nuestros pies el suelo
Retiembla con pavor.

ESTROFA II.

Suspende, Dios tremendo,
Suspende tu venganza;
Y un rayo de esperanza
Anuncie tu favor.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

ESTROFA III.

Si en ira te encendieron
Los padres delincuentes,
Los hijos inocentes
Desarmen tu rigor.

ESTROFA IV.

Al menos, en nosotras
El rayo ardiente vibra;
Y á nuestros hijos libra
De tanto y tanto horror.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

ESTROFA V.

Concede á los mancebos
Morir cual esforzados,
De lauro coronados,
No á manos del dolor.

ESTROFA VI.

De Tebas las doncellas
Te invocan afligidas,
En tumbas convertidas
Las aras del Amor.

CORO.

Acoge nuestros votos,
O Jove soberano:
Aparta de tu mano
El rayo vengador!

SACERDOTE.

Respirad, o Tebanos!.... Ya los Dioses
Vuestros humildes votos acogieron;
Y el término se acerca á tantos males,
Anuncio de la cólera del cielo:
Padres, hijos, esposos, ciudadanos,
Tranquilos respirad! Sobrado tiempo,
Agolpados al borde de la tumba,
Temblasteis de la muerte al crudo aspecto:
El fuego asolador, la peste, el hambre,
Cuantas plagas encierra el hondo Averno
Sobre Tebas á un tiempo desplomadas,
La trocaron en mísero desierto,

Y hasta la misma tierra, estremecida,
Se negaba á sufrir su ingrato peso.
Mas al fin ya los Númenes benignos
El brazo de venganza suspendieron;
Y por primera vez tras largos años
Sonó su voz en el augusto templo.
Yo la escuché, mortales! Mas tremenda
Que el huracan y el espantoso trueno
Yo la escuché; y el mundo con asombro
Hoy la oirá de mi labio. — En vano ciegos
Descansan tras el crímen los mortales,
Cual si olvidase su castigo el cielo;
Que llega al fin el formidable dia
Destinado á la ruina y escarmiento,
Y el soplo de los Númenes deshace
Las ciudades, los tronos, los imperios. —
Mas hoy ya solo, en su piedad inmensa,
Una víctima exigen, no pudiendo
Dejar impune el crímen mas oculto;
Y al punto que le venguen, satisfechos
Con el largo dolor que afligió á Tebas,
El duro azote arrojarán al fuego.

ESCENA II.

SUMO SACERDOTE, EDIPO, Coro, Pueblo.

EDIPO (*al salir del palacio*).

¿Será verdad, ministro de los Dioses,
Que ha respondido el Númen?... Sus decretos
Revela á los mortales; que ya Edipo
Se apresta á ejecutarlos.

SACERDOTE (*con énfasis*).

El momento
Aun no es llegado, Edipo; mas se acerca
Y en breve llegará.

EDIPO.

Si tanto anhelo
La voluntad saber del almo Jove,
No á ello me incita el criminal deseo
De sondear los íntimos arcanos
Que esconde al mundo; de mi amado pueblo
La infeliz suerte, su penar, su angustia.....

SACERDOTE.

Van á cesar en breve.

EDIPO.

¿Cuándo?

SACERDOTE.

Hoy mesmo.—

EDIPO.

Gracias os doy, o Númenes piadosos,
Por tan grande merced!.... El llanto acerbo
En lágrimas trocasteis de ternura;
Y libre ya del congojoso peso,
De júbilo colmado y de esperanza,
Siento latir mi conturbado pecho.
Venid, hijos, llegad, cercadme todos;
Alzad las manos y la voz al cielo;
Bendecid su bondad...

SACERDOTE.

Y su justicia.

EDIPO (*con sorpresa*).

Sacerdote, ¿qué arcano, qué misterio
Encierran tus palabras?.... Por dos lustros,
Cercados de peligros y tormentos,
Arrastramos el peso de la vida,
Viendo el sepulcro á nuestros pies abierto:
Y cuando el sumo Jove por tu labio
Palabras nos ofrece de consuelo;
Cuando hoy mismo los males de la patria
Van á cesar; y el corazon, abierto
A la dulce esperanza, al cielo envia
De gratitud los votos mas sinceros;
¡Tú solo, tú, ministro de los Dioses,
Con ceño adusto y con terrible acento
Amargas nuestro júbilo!.... No; deja
Que libres de mortal desasosiego
Respiremos siquiera un solo instante;

Deja que nuestros males olvidemos,
Y bendigamos la piedad divina,
Que ya el iris de paz tiende en el cielo.

SACERDOTE.

Le tiende, sí; mas el tremendo rayo
Antes caerá, sin que retumbe el trueno;
Y postrada la víctima culpable,
Servirá al mundo de salud y ejemplo.

EDIPO.

¿Qué víctima? ¿qué culpa? habla, prosigue;
El mandato del Dios sumiso espero;
Y el poder que su diestra me confia
Servirá á su justicia de instrumento.

SACERDOTE.

Mas segura es, Edipo, su justicia;
Mas alcanza su brazo que tu cetro.

EDIPO.

Lo sé; mas desde el punto en que los Dioses
Al trono me elevaron, justo y recto
La virtud coroné; castigué el crímen:
¿Cuál quedó impune, cuál?

SACERDOTE.

El trono excelso
De Layo ocupas, su diadema ciñes,
¡Y tú me lo demandas!....

EDIPO (*con pausa y dignidad*).

Extrangero,
En Corinto nacido, largos años
Las ciudades de Grecia recorriendo,

Un acaso feliz me trajo á Tebas,
Cuando la fama proclamó á lo lejos
Que al que osase librarla de la Esfinge
La corona de Layo daba en premio.
No la vana ambicion movió mis pasos;
¡Por los Dioses lo juro! que contento
Con ocupar el trono de Corinto
(Cuando mi anciano padre el comun feudo
Pague á la tierra), con desden miraba
De extraño solio el brillo lisonjero.
Mas el amor de gloria, la impaciencia
Del juvenil arrojo, y el deseo
De imitar á los héroes de mi estirpe,
A la tremenda prueba me trajeron.
Vosotros lo sabeis, nobles Tebanos:
A mi vida la vuestra anteponiendo,
Desaté el fatal nudo, vencí al monstruo,
De sus sangrientas garras salvé al pueblo;
Y solo ambicioné por recompensa
Merecer vuestra estima y vuestro afecto.
Mas huérfano el Estado, abandonadas
Con grave mal las riendas del gobierno,
Muerto por mano oculta el justo Layo,
Su palacio y su tálamo desiertos,
El clamor de la patria y vuestros votos
A mi pesar al trono me ascendieron.

SACERDOTE.

¿No le viste con sangre salpicado?
¿Qué hiciste por vengarla?...

EDIPO.

Sabe el cielo
Que un punto no olvidé tamaño crímen;
Y que al unir mi diestra el himeneo
Con la de vuestra reina, su venganza
Cual esposo y monarca juré á un tiempo.
¿Mas es mi culpa que el Destino quiera
Envolver en las sombras del misterio
El parricidio atroz? ¿Es culpa mia
Que en la ruina fatal de todo un reino
Tal vez esconda el lóbrego sepulcro
Los testigos, los cómplices, y el reo?...

SACERDOTE.

Aun vive el parricida; aun vive, Edipo!
Y emponzoña la tierra con su aliento...

EDIPO.

¿Quién es? ¿Dónde se oculta? ¿Dó se esconde?

SACERDOTE.

Con su elevada frente insulta al cielo;
Mas al grabar su huella ensangrentada,
La eterna maldicion le va siguiendo.

PUEBLO.

¡Qué horror!

SACERDOTE (*con tono de inspirado*).

Oid, y temblad! Yo su cabeza
A los Dioses consagro del Averno,
Sin que siquiera logre en su agonía
Pasar las negras ondas del Letéo:
Que en triste soledad y eterna noche,

Sin patria, sin asilo, sin consuelo,
Errante vague en la asombrada tierra,
Y le nieguen los hombres agua y fuego;
Hasta sus mismos hijos en su sangre
El crímen lleven y el castigo horrendo;
Y la execrable raza, maldecida,
Quede á los siglos cual padron eterno!

(*Retírase el* SUMO SACERDOTE; *y poco á poco vanse disipando tambien los grupos de gente, yéndose por diversos lados.*)

ESCENA III.

EDIPO.

Yo os invoco tambien, Númenes sacros
Que presidis en el oscuro reino,
Yo os invoco tambien!.... Mostrad al mundo
Vuestro poder, terror de los perversos;
Y el parricida atroz no halle refugio
Ni de la tierra en el profundo centro:
Por vez postrera sus culpables ojos
Miren el resplandor del claro cielo;
La muerte implore, y ni la muerte quiera
Poner fin á sus bárbaros tormentos!

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA (*al salir*).

¿Qué nuevo mal nos amenaza, Edipo?...
Que hasta el palacio mismo llevó el eco
Tus confusos acentos; y al oirlos,
De terror y congoja me cubrieron.

EDIPO.

Antes, amada esposa, ya los Dioses
Ofrecen deponer su airado ceño;
Y á la afligida Tebas amparando,
Solo al crímen amagan justicieros.

YOCASTA.

¿Será posible que Yocasta vea
Un solo dia plácido y sereno,
Y que logre abrazar sus tiernas hijas
Exenta de temores y recelos?...
Ha un instante que inquietas y azoradas
A mi triste regazo se acogieron;
Y al querer estrecharlas, con espanto
Las rechazaba mi agitado seno:
Mi corazon leal una vez y otra
Repitió su fatal presentimiento,
Y una secreta voz dentro del alma
Me anunció nuevas penas, males nuevos.

EDIPO.

Tranquilízate, esposa; y no asi dobles
Tú misma tus pesares, ofendiendo
A los supremos Dioses, cuando pios
Acogen hoy nuestro ferviente ruego:
Salvos tus hijos, libertada Tebas,
Vuelto á las leyes su sagrado imperio,
Seguro el trono, y la inocente sangre
Vengada al fin....

YOCASTA.

¿Qué dices? ¿será cierto?

EDIPO.

Los Dioses la sentencia han pronunciado
Del atroz regicida; y al momento
Que se cumpla el oráculo terrible,
Su brazo protector salvará al reino.

YOCASTA.

Logren mis ojos ver tan fausto dia;
Lógrenlo ver, y satisfecha muero!....
Sí, Edipo, los pesares en mi alma
Una herida cruelísima han abierto,
Y miro con desden cuantos encantos
Ofrecerme pudiera el universo.
No hay dicha para mí!... Yo vi á mi esposo,
Con honda herida traspasado el pecho,
Entrar exangüe por las mismas puertas
Que vió al salir ornadas de trofeos;
Yo le escuché desde la negra tumba
Pedir venganza con tremendo acento,

Mientras ignoto, impune el parricida
Quizá insultaba su sepulcro regio:
Mas de sufrir los Dioses se cansaron
A la maldad sacrílega; y abriendo
Los diques á su enojo, en su venganza
La inocencia y el crímen confundieron.
Un solo dia respiró la patria,
Y la dulce esperanza me dió aliento,
Cuando vencido el sanguinario monstruo,
Libertador y rey te aclamó el pueblo;
Por en medio de ruinas y sepulcros
Él mismo me condujo al sacro templo,
Y por la paz de Tebas y su gloria
Convertí en nupcial pompa el triste duelo.
¡Mas cuán breve pasó nuestra ventura,
Cuán breve, caro Edipo!.... Como un sueño
Voló; y al despertar despavoridos,
Se mostró mas cruel el hado adverso.
¿Lo recuerdas, Edipo? El mismo dia
En que vimos nacer un hijo tierno,
Y con llanto de amor le bendijimos
Como prenda de union y de consuelo;
El mismo dia en que la triste patria
El logro celebró de sus deseos,
Viendo afianzada su futura suerte;
En ese dia, de fatal agüero,
Parece que los Dioses contemplaron
Con enojo y horror nuestro contento.
Aun sonaban los cánticos de albricias

En las sagradas bóvedas del templo,
Y el pueblo enternecido encomendaba
El niño augusto á la piedad del cielo,
Cuando con ronco estruendo retemblaron
De la tierra los íntimos cimientos,
Y el rayo vengador del sumo Jove
Confundió sobre el ara el sacro fuego.
¡Cuántos males de entonces, cuántos males
Sobre nosotros, míseros, cayeron!
Y aun hoy mismo ¿quién sabe si mayores....?

EDIPO.

No, Yocasta: los Númenes supremos
Castigan y se vengan, mas no engañan;
No son hombres, Yocasta!.... Hoy ofrecieron
Poner término y fin á nuestros males;
Hoy término tendrán.

YOCASTA.

Quiéralo el cielo!

EDIPO.

Pero no entre el temor y la esperanza
Tan preciosos instantes malogremos,
En vez de apresurar el feliz plazo
Con fe sincera y religioso ruego;
Antes bien, á la voz de su monarca,
A la tumba de Layo acuda el pueblo,
Y con fúnebre pompa y sacrificios
Sus indignados Manes aplaquemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EDIPO, HYPARCO, PUEBLO, CORO.

(Saldrá gran número de Tebanos, dirigiéndose al Panteon de los reyes, con pebeteros humeando, vasos sepulcrales, ramos de cipres, etc. Entre tanto, al son de una música grave y patética, cantará el coro los siguientes versos; é inmediatamente despues se presentará en la escena EDIPO, acompañado de HYPARCO, y cesará el canto.)

CORO.

Aplaca, rey augusto,
Aplaca ya tus Manes;
Y escucha de tus hijos
Las tristes voces y sentidos ayes!

EDIPO.

¡Qué tristeza tan plácida y suave
Hoy por primera vez disfruta el alma,
Tras la afanosa lucha y agonía
Que mi sensible pecho atormentaba!...
¿Oyes, Hyparco amigo?.... Esos acentos

Que hasta los mismos cielos se levantan,
Y llevando las súplicas del hombre,
El rigor de los Númenes aplacan;
El inmenso concurso de cien pueblos
Sumisos precediendo á su monarca,
Y en la mansion entrando de la muerte
Con temor santo y religiosa planta;
El confuso murmullo, los sollozos,
El llanto de ternura y de esperanza,
La vista de los males que se alejan,
Paz y consuelo en mi interior derraman. —
¡Bendita tu bondad, bendita sea,
Supremo Dios del mundo! Y si te agradan
Los votos de los míseros mortales,
Que ansiosos cercan las divinas aras;
Si el llanto de millares de inocentes
Un crímen solo á redimir alcanza,
Y la sangre de un pueblo desdichado
Consiguió ya borrar la enorme mancha;
Dígnate apresurar, Dios de clemencia,
El término feliz de tantas plagas,
Y los ecos de muerte trocaremos
En cánticos de gloria y de alabanza! —
Seguid, hijos, seguid: con vuestras voces
Procurad aplacar la Sombra airada
Del mejor de los reyes, entre tanto
Que yo penetro en la tremenda estancia:
Al pie de su sepulcro, entre las tumbas
Do mil héroes y príncipes descansan,

Tal vez de la verdad la voz severa
Llegará á los oidos de un monarca;
Que al pisar los umbrales de la muerte,
El poder tiembla y la lisonja calla.

(*Mientras* EDIPO *haya estado diciendo los anteriores versos, los Tebanos habrán salido sucesivamente del Panteon, donde habrán dejado las ofrendas, y se hallarán ya distribuidos en grupos por la escena. En cuanto se va* EDIPO, *vuelve á empezar la misma música, que acompañó antes el canto.*)

ESCENA II.

HYPARCO, PUEBLO, CORO.

CORO.

Aplaca, rey augusto,
Aplaca ya tus Manes;
Y escucha de tus hijos
Las tristes voces y sentidos ayes!

(*Cada una de las cuatro estrofas siguientes deberá cantarse á una voz sola.*)

ESTROFA I.

Al pie de tu sepulcro
Te imploran como á padre,
Con llanto de sus ojos
Borrando los regueros de tu sangre.

ESTROFA II.

Si blando á la clemencia
Te halló siempre el culpable,
Millares de inocentes
De un solo crímen el indulto alcancen.

ESTROFA III.

Las Furias del Averno
Se vengan implacables;
Un rey cuando perdona
Se asemeja á los Dioses inmortales.

ESTROFA IV.

A tí los tiernos niños,
A tí las tristes madres,
A tí tu pueblo todo
Piedad demanda en tan amargo trance:

CORO.

¡Piedad, piedad, o Layo!.....

(*Al llegar á este punto, óyese un ruido sordo de pisadas, y los Tebanos sorprendidos suspenden el canto: ábrense con estruendo las puertas del Panteon, y sale* EDIPO *despavorido.*)

ESCENA III.

EDIPO, HYPARCO, PUEBLO, CORO,

PUEBLO.

¡Qué confuso rumor!....

HYPARCO.

Callad, Tebanos...

EDIPO.

Retiraos.....

HYPARCO.

Gran rey...

EDIPO.

Déjame... aparta...

PUEBLO.

¿Qué será, santos Dioses?

EDIPO (*al pueblo*).

¿No escuchasteis?....

(*A Hyparco.*)

¡Tú tambien contra mí!...

HYPARCO.

¿Porqué asi agravias,
Querido Edipo, á tu mejor amigo,
A tu segundo padre?.... Calma, calma
Tan ciega turbacion...

EDIPO.

Dejadme todos:
Mi propia angustia y mi dolor me bastan.

(*Desde este punto empiézase á dispersar el pueblo, hasta dejar solos en la escena á* EDIPO *y á* HYPARCO.)

HYPARCO.

¿Ves, Edipo?... Tu pueblo, que en sus males

Con tu sola presencia respiraba,
Y cual á tierno padre á tí acudia
Lleno de amor á compartir sus ansias;
Ese pueblo leal que por tí diera
La sangre de sus venas mas preciada,
Y á costa de su paz y de su dicha
La quietud de su príncipe comprara;
Triste, afligido, entre mortales dudas,
Sin concebir de tu rigor la causa,
Se aleja con dolor, y apenas osa
Volver el rostro á su infeliz monarca...
¿No me escuchas, Edipo? ¿Y desde cuando
Desoyes con desprecio mis palabras,
Que en tiempo mas dichoso cual de un padre
En tus oidos siempre resonaban?
Escúchame, hijo mio: y si los Dioses
Por culpa nuestra su rigor agravan;
Si nuevos infortunios y desdichas
A Tebas y á sus hijos amenazan;
Descarga en mi amistad, en mi cariño,
El grave peso que tu pecho embarga;
Y ya que remediarlas no podamos,
Unidos lloraremos tus desgracias.

EDIPO.

(*Como volviendo en sí.*)

Hyparco!...

HYPARCO.

Sí; yo soy: ¿no me conoces?
Tu viejo Hyparco soy; quien en tu infancia

Tus vacilantes pasos conducia,
Quien desde niño te imprimió en el alma
Amor á la virtud, horror al vicio,
Y respeto á los Dioses... Ven, descansa
Tu frente en estos hombros, que otras veces
Con cariñosos brazos estrechabas...

EDIPO (*abrazándole*).

Padre mio!...

HYPARCO.

¿Lo ves?... Asi se alivian
Las penas de este mundo; quien no halla
Consuelo entre los brazos de un amigo,
Es un malvado ya.—Pero ¿qué extraña
Mudanza noto en tí?... Pálido el rostro,
Con copioso sudor tu mano helada,
Trémulo todo... Edipo, dí, ¿qué tienes?
Descúbreme tu pecho, y no me hagas
Padecer mas tormentos con mil dudas...

EDIPO.

Si amais á vuestro Edipo, conservadlas;
Y no querais que su silencio rompa,
Y á tocar vuelva la reciente llaga.

HYPARCO.

Al contrario, mostrándome tus penas,
Mas leves te se harán: cuando agitada
En sí misma repliégase la mente,
Suele fingir mayor nuestra desgracia...

EDIPO.

No es la desgracia, no, la que me oprime;

Mil veces su rigor desafiara,
En cambio de la horrenda incertidumbre
En que hundido mi espíritu batalla.

HYPARCO.

¿Qué incertidumbre? Explícate...

EDIPO.

Yo propio
Mal pudiera, aun queriéndolo.

HYPARCO.

Mas habla,
Sepa al menos de tí...

EDIPO.

¿Quieres saberlo?

HYPARCO.

Sí.

EDIPO.

Pues escucha, y tiembla.—Ya pisaba
Del Panteon el último recinto;
Y el silencio, el horror, la luz escasa
De las antorchas fúnebres, el viento
Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
De terror religioso me cubrian,
Cual si del triste mundo me alejara...
¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles
De apiñados sepulcros, las estatuas
De mármol animarse parecian;
Y que á mi vista súbito indignadas,
Fuera, *profano*, *fuera!* repitiendo,
Confuso el eco *fuera!* retumbaba...

HYPARCO.

¿Es posible que Edipo el esforzado,
Famoso por tan ínclitas hazañas,
Esclavo de su ardiente fantasía
Se deje intimidar por sombras vanas?...
Fue tu imaginacion...

EDIPO.

No, Hyparco amigo!
Yo tambien lo creí; doblé mi audacia;
Y con inciertos pasos presurosos
Llegué hasta el fondo de la oscura estancia...
¡Nunca llegara, nunca!... Oculta mano
Del término anhelado me alejaba;
Mas yo luchando y reluchando ciego,
Del buen Layo toqué la tumba helada...
¡Infeliz! Con estrépito la losa
Saltó en pedazos mil; pálidas llamas
Salieron del sepulcro; y al reflejo,
Ví la Sombra de Layo alzarse airada,
Extenderse, crecer, tocar las nubes,
Y en el profundo Abismo hundir la planta...

HYPARCO.

Tranquilízate, Edipo... ¿Qué delirio,
Qué turbacion es esa?...

EDIPO.

Envuelto estaba
En la púrpura real; mas de su pecho
Mostraba abierta la profunda llaga;
Y brotando la sangre, parecia

Que hasta mi misma frente salpicaba...
Atónito, turbado, confundido,
Por tierra me postré: la voz me falta
Para invocar á la tremenda Sombra;
Mas oso alzar la vista, y de Yocasta
Miro á mi lado la confusa imágen;
Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla;
Y entre los dos lanzándose el Espectro,
Con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPARCO.

Mísero Edipo!...

EDIPO.

Un lúgubre gemido
Arrojó por tres veces, y otras tantas
Me miró con ternura; hasta que al cabo
Pronunció con dolor estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crímen... Dijo: y con la planta
Hirió la hueca tumba; y en su seno
Quedó la inmensa Sombra sepultada.

HYPARCO.

¿Y asi imaginas que si vaga inquieta
La Sombra del buen Layo sin venganza,
Elija como víctima á quien sigue
Sus justas leyes como norma y pauta?...
No, Edipo, no: si el cielo en su justicia
Los decretos del Tártaro quebranta,
Y vuelven á asombrar al triste mundo
Los que condujo ya la fatal barca,

La santa paz de la virtud respetan;
Solo al crímen persiguen y amenazan.

EDIPO.

Lo sé; pero tambien en sus arcanos
Suele elegir el cielo sendas varias
Para anunciar su voz á los mortales:
Cual sucesor de Layo, cual monarca
De Tebas, como padre de cien pueblos,
Y quizá cual esposo de Yocasta...

HYPARCO.

¿Qué te suspende? Sigue...

EDIPO (*con precipitacion*).

¿Pues qué he dicho?
Hyparco, no lo creas... Fue una vana
Aprension, una duda, una sospecha,
Que me causa rubor el recordarla...

HYPARCO.

¿Mas quién dice, señor...?

EDIPO.

Perdona, amigo:
Ten compasion de mí!... Mira, repara
El estado infeliz en que me veo,
Que hasta mi sombra con horror me espanta.

HYPARCO.

¿Y porqué mas tranquilo...?

EDIPO.

¡Mas tranquilo!
Vuelve, vuelve la grata confianza
A mi turbado corazon; y al punto

Veré con rostro firme las desgracias...
Hoy mismo, no ha un instante, en cada hombre
Un amigo, un hermano contemplaba,
Y cual asilo de quietud y dicha
El blando seno de mi esposa amada;
Y hora do quiera mi agitada mente
Un abismo encubierto me señala,
Y al revolver atónito los ojos,
Lazos, traiciones y delitos hallan.

HYPARCO.

¿Todos, Edipo, todos criminales?...

EDIPO.

Todos no lo serán; pero me basta
Que á mi lado se abrigue el parricida
Que los airados cielos amenazan.

HYPARCO.

¡A tu lado, señor!

EDIPO.

Aun con espanto
Resuenan en mi oido estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crímen...

HYPARCO.

¿Pero quién osara
Siquiera sospechar?...

EDIPO.

Oyeme, o padre;
Y en el arcano de tu pecho guarda
Este fatal secreto, que á tí solo

En su afliccion Edipo confiara.—
Ha tiempo que con pena y sobresalto
La inquietud he notado de Yocasta,
Sin que bastasen á explicar su angustia
Los graves infortunios de la patria:
Mil veces observé que en mi presencia
De su pesar las muestras ocultaba;
Y que al bañarse en lágrimas sus ojos,
Suspensas con violencia se quedaban.
En vano procuré, severo, afable,
De su oculta afliccion saber la causa;
Solo ví que un recuerdo doloroso
Carcomia continuo sus entrañas...
En la tranquila noche, entre mis brazos,
De pavorosos sueños agitada,
Consigo misma forcejaba inquieta,
Cual si una triste imágen la acosara;
Y aun tal vez la escuché que entre sus labios
Inocente... inocente... murmuraba.
¿Qué mas? hasta recuerdo que otras veces
La he sorprendido trémula, abrazada
Con una de mis hijas, que ella dice
Que la imágen de Layo le retrata;
Y en su dolor profundo sumergida,
Apenas de existir señales daba.

HYPARCO.

¿Mas qué interes, señor, ó qué designio?..

EDIPO.

Lo ignoro; y hasta ahora que en mí labran

Tan fatales sospechas, nunca, nunca
Esa duda cruel pesó en mi alma.

HYPARCO.

Desechadla, señor...

EDIPO.

Mas que imaginas
Del corazon procuro yo arrancarla;
Pero cual flecha aguda y ponzoñosa,
Mientras mas toco á ella, mas se clava.

HYPARCO.

Tal vez viendo á tu esposa, su presencia,
Una voz, un acento, una mirada
Bastará á disipar todas las dudas,
Y á hacer tornar la apetecida calma.

EDIPO.

Dices bien: ni una hora, ni un instante
Puedo sufrir tan congojosas ansias;
La triste realidad, la muerte misma
No serán para Edipo tan amargas.
Sígueme... Mas la reina: quizá el cielo
A este sitio encamina sus pisadas.

(*Quédase* EDIPO *grave y silencioso:* HYPARCO *se retira respetuosamente, al acercarse* YOCASTA: *esta se coloca á la izquierda de* EDIPO.)

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA.

Inquieta ya, buscándote do quiera...

EDIPO.

Yo tambien... yo tambien ahora os buscaba...

YOCASTA.

Advierto...

EDIPO.

¿Qué advertis?

YOCASTA.

¿Qué acento es ese?..
El rostro demudado, las palabras
En tus trémulos labios suspendidas...
¿Qué tienes, caro Edipo?... ¡Asi me apartas,
Asi tu rostro de tu esposa ocultas,
Cual si temieras que te viese el alma!...
Edipo, vuelve en tí: vuelve, y no aflijas
A esta infeliz muger, que acostumbrada
A tanto padecer, solo en el mundo
Tu injusto enojo á tolerar no alcanza.
¿Qué pretendes de mí?... Si pude acaso
Cometer una falta involuntaria;
Si en algo te ofendí, sin yo saberlo,
No te violentes, no; dímelo, habla,
Te pediré perdon, y si lo exiges,

Mira, estoy pronta, me echaré á tus plantas.—
¡Y qué, Edipo, siquiera te merezco
Una voz de consuelo, una palabra
Que calme mi afliccion!.. Habla siquiera;
De tu injusto desden sepa la causa...

EDIPO.

Mirad, Yocasta, ved que si á hablar llego,
Mayor dolor, mas penas os aguardan...

YOCASTA (*reponiendo con dignidad*).

No lo temais, señor: soy inocente;
Y os escucho tranquila.

EDIPO.

No culpada
Tambien os juzgo yo; la sola duda
Mil vidas que tuviera me costara...

YOCASTA.

¿Mas porqué no seguis?

EDIPO.

Sé que los cielos
Señalan una víctima, manchada
Con inocente sangre; yo la busco...

YOCASTA.

¡Y en tu esposa pretendes encontrarla!

EDIPO.

No, Yocasta: los Dioses soberanos,
Que hasta el fondo penetran de mi alma,
Ven mi dolor y la tremenda lucha
Que mi afligido pecho despedaza...
De mí propio, Yocasta, desconfio:

Mira si algun tormento á este se iguala!

YOCASTA.

¿Mas cuál es el delito, cuál el crímen?

EDIPO.

Deja que nunca de mis labios salga...

YOCASTA.

Yo lo exijo de tí: ¿cuál es? responde.

(*Edipo señala lentamente con el brazo hácia el Panteon.*)

YOCASTA.

Edipo!

EDIPO.

No; perdona...

YOCASTA.

Edipo!... Basta.—

(*Despues de un breve silencio, continúa con el acento del dolor y de la indignacion.*)

¡Quién me dijera á mí, cuando su muerte
Con lágrimas de sangre lamentaba,
Y una y mil veces, por salvar su vida,
Mi vida con placer sacrificara...
Quién me dijera á mí, cuando violenta
Llegué en hora fatal al pie del ara,
Y por la paz de Tebas dí á otro hombre
La fe que á Layo conservaba intacta...

Quién me dijera que en aciago dia,
A vista de su tumba veneranda,
Un esposo... y el padre de mis hijos
Con tan negra sospecha me insultara!

EDIPO.

Yocasta...

YOCASTA.

No; retírate: los cielos
Que mi inocencia ven, sabrán vengarla.

EDIPO.

Escúchame siquiera... y mas que á ira,
Te moveré á piedad!

YOCASTA.

Sé que en tu alma
Tan infame sospecha no ha nacido...
No, Edipo; te conozco: mas aclara
Ese horrible misterio; y aqui mismo
Confundiré tan execrable trama.
¿Quién osó calumniarme?

EDIPO (*con asombro y recelo*).

Ten el labio;
Teme, infeliz...

YOCASTA.

¡Temer! ¿Y por qué causa?..
A la faz de los Dioses y los hombres,
El que inocente está la voz levanta:
(*Esforzando el acento.*)
¿Quién osó calumniarme? ¿Quién, Edipo?..
¡Y asi confuso y vergonzoso callas!

Pues bien: si ni una reina, ni una esposa,
Ni la que tuvo un tiempo en sus entrañas
Las prendas de tu amor, de tí merece
Lo que á un vil delincuente no negaras;
Si despues de pasarme el triste pecho,
La mano aleve que me hiere amparas;
No importa, Edipo; ven: tengo un testigo,
Un juez, un vengador, que por mi causa
Vuelva, por mi inocencia, por mi nombre,
Por su mísera esposa asi ultrajada...
(YOCASTA *ase del brazo á* EDIPO, *en ademan de conducirle al Panteon.*)
Sígueme, pronto, ven... ¿Tiemblas, Edipo?..
Yo te guio, y no tiemblo.—
(*Silencio.*)

EDIPO.

No asi añadas
Dolor á mi dolor... Bastantes penas
El cielo airado sobre mí descarga!

YOCASTA.

¿Y porqué de una esposa no las fias?

EDIPO.

Porque lo quiere asi mi suerte infausta.

YOCASTA.

¿Con que nunca?...

EDIPO.

No sé.

YOCASTA.

¡Nunca!

EDIPO.

Mas oye:
Si mi infeliz estado te apiada;
Si aun abriga tu pecho un leve resto
Del tierno amor que un tiempo me jurabas;
Si ya que no por mí, por nuestros hijos...

YOCASTA.

¿Qué quieres? pronto; dímelo...

EDIPO.

Una gracia,
Una sola merced...

YOCASTA (*arrojándose en sus brazos*).

Hasta mi vida
Es tuya, Edipo mio...

EDIPO.

Ya cercana
Está quizá la hora que los Dioses
Señalar se han dignado á la venganza,
Si hoy mismo, cual su oráculo predijo,
Han de cesar los males de la patria:
Déjame mi secreto un solo dia!
No exijo mas de tí.

YOCASTA.

Pero mañana...

EDIPO.

Yo te lo juro.

YOCASTA.

¿Y si estas breves horas
Dudas de mí?...

EDIPO.

No, esposa: ya la calma
Empieza á renacer; y en favor tuyo,
Mas que tu voz, mi corazon me habla.

ESCENA V.

EDIPO, YOCASTA, HYPARCO.

HYPARCO (*al salir*).

Albricias!...

EDIPO.

¿Qué suceso?...

HYPARCO.

Aun vive Phórbas.

EDIPO.

¿Quién?

HYPARCO.

Phórbas, compañero en la desgracia
De Layo, y fiel testigo de su muerte...

EDIPO.

¿Qué dices?

YOCASTA.

¡Vive aún!

HYPARCO.

Vive; fue falsa
La nueva de su muerte, tantos años
Con su largo silencio confirmada...
Lleno de heridas, de terror cubierto,

Lejos huyó de la afligida patria,
Jurando no ver mas la infausta tierra
Con sangre de su príncipe manchada...
Mas el tiempo, la ausencia, las desdichas
Quebrantaron el temple de su alma;
Y en su vejez, cercano ya á la muerte,
Ver anheló la tierra de su infancia.

EDIPO.

¿Dónde está?

YOCASTA.

¿Quién le ha visto?

HYPARCO.

Largos dias
En el cercano bosque de Diana
Vivió oculto y tranquilo; y alli mismo
Su triste sepultura preparaba...
Mas cual si un Dios sus pasos impeliese,
Hoy se acercó á los muros; y miraba
Las puertas afligido, cuando escucha
Las nuevas por el pueblo divulgadas:
Sabe que ha hablado el Dios; que la atroz muerte
De su amigo y su rey va á ser vengada;
Y entre llanto y sollozos, de sus labios
Su propio nombre con placer se escapa...

YOCASTA.

¡Dia feliz!

HYPARCO.

Al conocerle el pueblo,
Le rodea, le estrecha, inquiere, indaga

Mil circunstancias, mil; y del buen Layo
El grato nombre y la memoria aclama.

YOCASTA.

¿Ves, caro Edipo, ves?... El justo cielo
Vuelve por la inocencia.

EDIPO.

Esposa amada,
El súbito placer mi pecho oprime,
(*A Hyparco.*)
Cual si fuese un pesar... ¿Pero, qué aguardas?
Corre al instante, amigo: venga Phórbas,
Y de una vez disipe dudas tantas.

HYPARCO.

En vano el pueblo entre sus mismos brazos
Conducirle intentó: ruegos, instancias,
Todo fue en vano; ante las mismas puertas
La hora fatal de la venganza aguarda;
Juró nunca pisar...

EDIPO.

Díle que Edipo
Se lo suplica... y que su rey lo manda.

ESCENA VI.

EDIPO, YOCASTA.

EDIPO.

Sígueme, esposa: al punto, en este instante,
A nuestro nombre Tebas convocada,

Venga á asistir al formidable juicio
Que los eternos Númenes preparan:
Bajo la inmensa bóveda del cielo,
Junto al sepulcro mismo del monarca,
De boca del anciano venerable
Escuche la verdad; y asegurada
La tímida inocencia, á un solo acento
El audaz crímen confundido caiga.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EDIPO, YOCASTA, EL SUMO SACERDOTE, PUEBLO, GUARDIA, ESCLAVAS.

(EDIPO estará en medio, el SUMO SACERDOTE á su derecha, y YOCASTA á su izquierda, con un grupo de esclavas detras: á alguna distancia, el pueblo repartido por el ámbito de la plaza; y en el pórtico del palacio se divisará una guardia.)

EDIPO.

¡Y qué, porque obstinado en su porfía
Las súplicas de un pueblo desatienda,
Y á la voz requerido de un monarca
Su mandato supremo no obedezca,
Habremos de sufrir que por mas tiempo
Dure el dolor y la inquietud de Tebas,
Y que un hora, un momento, el parricida
Oculto y sin castigo permanezca!
No: la virtud, la religion, las leyes,
La voz de las Deidades se lo ordenan;
Y se lo manda un rey, que aunque clemente,
Insultos á su cetro no tolera.

SACERDOTE.

No el cetro de un monarca poderoso
El anciano infeliz hollar intenta;
Y antes creyó que su dolor y angustia
Elogios, no amenazas, merecieran:
Sus canas, su honradez, la pura sangre
Que derramó de Layo en la defensa,
Su destierro, sus males, sus desdichas,
Hasta ese mismo horror con que se niega
Este suelo á pisar contaminado,
Mientras no dicte el cielo la sentencia,
Si del hombre la cólera le atraen,
El favor de los Dioses le grangean.

EDIPO.

Obedecer los Númenes le mandan.

SACERDOTE.

Acudir á tu voz ellos le vedan.

EDIPO.

Yo lo veré.—Volad; de fuerza ó grado
Conducidle al instante á mi presencia.
(*Parten algunos de la guardia.*)

YOCASTA.

Edipo...

EDIPO.

(*A Yocasta.*) (*Al Sacerdote.*)
Nada escucho.—¡Ay del que ciego
La ira de Edipo á provocar se atreva!

SACERDOTE.

Débil mortal, ¿y á quién tus amenazas

Osaste dirigir? ¿Acaso piensas
Que el que amparan los Dioses necesita
Contra el brazo del hombre otra defensa?...
¡Infelice! los dardos de tu ira
Contra tu pecho, sin querer, asestas;
Y de tu suerte mísera arrastrado,
Tú propio en un abismo te despeñas.

EDIPO.

En vano, en vano á intimidarme aspiras:
Venero de los Dioses la tremenda
Autoridad; á su poder me humillo,
Y depongo ante el ara la diadema;
Mas si un mortal su intérprete se nombra,
Yo ejerzo su poder sobre la tierra.

SACERDOTE.

¡Tú su poder!.... Desde el Olimpo ellos
Hasta el profundo Tártaro sondean;
Y tú, mísero rey, un solo crímen
En vano ansioso descubrir anhelas.
Ahora mismo, impaciente, confiado
En tu vano poder, saber esperas
De los labios de Phórbas el secreto
Que cual losa fatal sobre tí pesa:
Pues bien; no lo sabrás.

EDIPO.

¿No he de saberlo?

SACERDOTE (*con énfasis*).

Antes, Edipo, antes que quisieras!

EDIPO.

Sacerdote!...

SACERDOTE.

Los Númenes sagrados
Han decretado en su justicia eterna
Que una mano por ellos bendecida
El velo rompa á la maldad proterva...

EDIPO.

¿Y á qué aguardas?

SACERDOTE.

Aguardo á que en los cielos
Toque el sol la mitad de su carrera;
Mas ya se acerca, ya... Míralo, Edipo!
Ya casi encima está de tu cabeza.

YOCASTA.

¡Qué terror por mis venas se difunde!
Edipo...

EDIPO.

¿Qué, Yocasta, qué recelas?..
Un justo rey, el crímen castigando,
La imágen de los Dioses representa.

SACERDOTE.

Cuando el cielo en su cólera amenaza,
Todos deben temblar...

EDIPO.

No la inocencia.

SACERDOTE.

¿Y quién, ciego mortal, pudo infundirte
Tan vana presuncion? ¿Quién en la tierra

De inocente blasona? ¿Quién te ha dicho
Que en este propio dia, á la hora esta,
Manchado con los crímenes mas graves,
Del eterno furor blanco no seas?...

EDIPO.

No asi procures con siniestras voces
Al pueblo deslumbrar, para que crea
Que solo á tí los Dioses confiaron
El secreto fatal que al mundo celan:
¿Quién es el regicida? ¿Quién?

SACERDOTE.

Tú, Edipo.

PUEBLO.

¡Edipo!

SACERDOTE.

Tú.

YOCASTA.

Mi esposo!

EDIPO.

La sorpresa,
La indignacion mi propia voz ahogan...
¡Yo el regicida!

SACERDOTE.

Tú.

EDIPO.

Deten la lengua,
Vil impostor, ó con la infame vida
Yo te la arrancaré.

SACERDOTE.

No me amedrenta
Tu impotente furor: ¿ quieres mi sangre?
Viértela; y al llegar mi hora postrera,
En medio de los bárbaros tormentos
Te anunciaré hasta el fin tu suerte horrenda.

EDIPO.

¿Qué suerte? Acaba, dí....

SACERDOTE.

Pídele al cielo
Que ese crímen atroz el mayor sea!

EDIPO (*volviéndose al pueblo*).

¿Ois, Tebanos, ois?.. Vuestro monarca,
El mismo Edipo que en defensa vuestra
Su propia vida expuso, y por salvaros
Ciñó, mal de su grado, la diadema;
Quien nunca á Layo vió, ni en vida suya
Pisó jamas los límites de Tebas;
Quien por vengar su trono y su memoria,
La sangre derramara de sus venas;
Aqui, ante el cielo, á vuestra propia vista,
De la esposa de Layo en la presencia,
Cual asesino vil, cual parricida,
Calumniado se ve por torpe lengua!
Mas yo sabré...

SACERDOTE.

Mortales! ya en los cielos
Sonó la hora fatal: y en vano intenta
Reluchando la víctima culpable,

Sacudir la segur que al cuello lleva;
Vosotros la vereis, de muerte herida,
Ante el ara caer.

EDIPO.

Antes sangrienta
Tu cabeza caerá.

YOCASTA.

Detente, Edipo...

EDIPO.

Hola, pronto á mi voz...

(*Al hacer ademan* EDIPO *de dar una órden, suena á lo lejos un confuso murmullo, que crece y se acerca por instantes.*)

YOCASTA.

Detente; espera:
¿No oyes el sordo estruendo?..

UNA PARTE DEL PUEBLO.

(*Conmoviéndose hácia el fondo del teatro.*)
Phórbas!..

TODO EL PUEBLO.

Phórbas!..

EDIPO (*al Sacerdote*).

¿Ves, impostor?.... El cielo te condena.

ESCENA II.

Los mismos de la escena anterior: ademas PHORBAS, á su lado HYPARCO, y detras algunos de la GUARDIA y gente del PUEBLO.

(PHORBAS *se acerca lentamente, y se coloca á la derecha del* SACERDOTE; HYPARCO *se queda á alguna distancia; el* PUEBLO *formará detras de todos una especie de media luna.*)

PHÓRBAS (*al salir*).

¿Dónde está ese monarca, celebrado
Por sabio y justiciero en toda Grecia?..
Conducidme á su vista; admire, goce
El triunfo que sus armas le grangean.....
Ya estoy, Edipo, aqui: tras largos años
Al ver mi patria por la vez primera...
Mi patria, á la que solo demandaba
Un pobre asilo y sosegada huesa...
Al pisar este suelo, en que he nacido,
Al ver mi propio hogar, y ante las puertas
De ese mismo palacio, en que algun dia
Junto al buen Layo me miraba Tebas...
En vez de amparo y compasion, encuentro
Amenazas, insultos y violencias;
Y cual vil criminal aqui arrastrado,
Ni estas honradas canas se respetan.

EDIPO.

No, venerable anciano, no tan pronto

A Edipo agravies con injustas quejas,
Cuando en vez de amenazas y de insultos,
Mercedes te apercibe y recompensas.
Un vasallo leal, el fiel amigo
Del justo Layo, quien vertió en defensa
De su señor su sangre, ante mis ojos
Con títulos sagrados se presenta;
Y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo
Cual monarca pagar tan justa deuda.—
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto
Que á la memoria de tu rey conservas,
La firmeza del trono y de las leyes,
Tu infeliz patria, á perecer expuesta,
Te imponen un deber de que yo propio
Mal pudiera eximirte, aunque quisiera.
La muerte de tu rey aun está impune:
Y el cielo mismo por ocultas sendas
Al formidable juicio te ha traido,
Cual instrumento á su justicia eterna;
Yo solo con mi voz y poderío
Cumplí su voluntad.—Habla, revela
Las circunstancias del horrendo crímen,
Que tanta sangre y lágrimas nos cuesta:
De tu labio tal vez está pendiente
En este instante la salud de Tebas!

PHÓRBAS.

¿De mi labio, señor?... Luz muy escasa
Mis tristes voces ministrar pudieran;
Y sin provecho alguno renovaran

Del fatal caso la memoria acerba...
Harto presente y viva, un año y otro,
Me acompaña y persigue por do quiera,
Sin que tan solo un dia ni una hora
La muerte de mi rey olvidar pueda...

EDIPO.

Cálmate, buen anciano: tus amigos,
Tu familia, tus hijos te rodean;
Y cual nuncio de paz y de esperanza,
Con lágrimas de gozo te contemplan:
Por su rey, por su padre te preguntan
Ansiosos é impacientes; de tí esperan
Que ayudes á vengar su fin sangriento,
Para alcanzar del cielo la clemencia;
Y cada instante que el hablar retardas,
A destruccion y muerte los condenas.

PHÓRBAS.

Mucho, señor, me cuesta el sacrificio;
Mas pues tan justas causas me lo ordenan,
Mostraré la verdad breve y sencilla
A la faz de los cielos y la tierra,
Cual si al bajar al tribunal tremendo,
La Sombra del buen Layo alli me oyera.—

(*Movimiento de suma atencion en el* PUEBLO.)

Solo, sin pompa inútil, confiado
Del cielo en el favor y en su conciencia,
Cual un padre camina entre sus hijos,
El bondadoso rey salió de Tebas:

Solo conmigo iba... y aun me acuerdo,
Paréceme escucharle : su afan era
Preguntarme, saber los desgraciados
De que aliviar pudiese las miserias...
No era un rey, era un padre; nunca, nunca
Otro monarca igual verá la Grecia...
(*Suspéndese un instante enternecido, y luego prosigue.*)
Dos dias caminamos; y al siguiente,
Al despuntar la aurora...

EDIPO (*con sobresalto*).

¿Qué hora era?

PHÓRBAS.

¿No lo oiste, señor?... la de la aurora:
Nada se me ha olvidado [illegible]
Dorada [illegible] colina...

EDIPO.

[illegible] ....

PHÓRBAS.

Y la cima del templo de Minerva.

EDIPO (*con impaciencia*).

Sigue, anciano, prosigue...

PHÓRBAS.

Alli el monarca
Su curso encaminaba, con la idea
De consultar al Númen sobre el medio
De vencer á la Esfinge; y ya la senda,
En tres brazos á un tiempo dividida,
Comenzaba á estrecharse, cuando suena

El confuso rumor de veloz carro,
Que apercibimos por la parte opuesta;
Y apenas le divisan nuestros ojos,
En polvo envuelto se aproxima y llega.
Un mancebo imprudente le guiaba...

EDIPO (*con mayor inquietud*).

¿Un mancebo?...

PHÓRBAS.

Sí, Edipo; mozo era;
Le tengo muy presente: aun estoy viendo
Su rostro, su ademan, su audaz presencia...

EDIPO.

No te detengas, sigue...

PHÓRBAS.

En pie venia
Sobre el carro veloz, con ambas riendas
El cuello á los caballos azotando,
Y á gritos animando su presteza;
Cual si en el circo olímpico anhelara
El premio conseguir de la carrera...

EDIPO.

Sigue...

PHÓRBAS.

El buen Layo en vano le demanda
Que un instante siquiera se detenga,
Para dejarle paso; el ciego jóven
De la menor tardanza se impacienta,
Insta, se obstina, crúzanse los carros,
Y en el terrible encuentro el suyo vuelca.

YOCASTA.

Edipo!...

EDIPO (*con la mayor turbacion*).

Sigue... sigue...

PHÓRBAS.

Apenas cae,
Alzase el mozo audaz; mira por tierra
Su fuerte lanza, cógela, y furioso
Acércase blandiéndola en su diestra;
Y al reprenderle Layo su osadía,
Arrójale la lanza por respuesta.
Todo fue un punto: traspasado el pecho,
Cayó exánime el rey; yo con presteza
Salto del carro, y vuelo al homicida...

(*En el calor de esta relacion, se habrán ido aproximando insensiblemente; y al llegar á este punto, se hallará* PHÓRBAS *mucho mas cerca de* EDIPO, *que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza* PHÓRBAS *los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro:*)

¡Santos cielos!

PUEBLO.

Él es!

YOCASTA.

(*Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.*)

¡Ay de mí!...

SACERDOTE.

Eterna
Justicia de los Dioses, á tu vista
¿Qué son las potestades de la tierra?...
(*Silencio general.*)
Tebanos, la señal los Dioses dieron:
Y un soplo suyo disipó la niebla,
Que al ímpetu y conatos de los hombres
Un siglo y otro impenetrable fuera:
Preso en sus propias redes el culpable,
Con su silencio él mismo se condena;
Y desde el alto trono despeñado,
De los cielos aguarda la sentencia.
Ella se cumplirá. — Mas entre tanto
Ni el agua ni la luz ni el aire sea
Comun entre vosotros y el impío;
Cual contagio letal, huid su presencia;
Y los pueblos, los templos, los hogares,
La tumba misma ciérrenle sus puertas.
Asi el Destino lo escribió en los cielos;
Asi los Dioses por mi voz lo ordenan;
Y el mismo parricida, el propio Edipo
Confirmó con su labio su anatema.

(*Retírase el* SUMO SACERDOTE, *dirigiéndose al templo, y seguido de una parte del* PUEBLO: *los demas del concurso se separan y se van por diversos lados; en el ínterin las* ESCLAVAS *habrán conducido al palacio á* YOCASTA; *quedando solos en el teatro* EDIPO *é* HYPARCO.)

ESCENA III.

EDIPO, HYPARCO.

(EDIPO *vuelve lentamente de su estupor, mira con asombro en rededor de sí, y fijando la vista en el parage donde estaba la* REINA, *exclama con el acento del dolor:*)

EDIPO.

¡Tambien Yocasta!...

HYPARCO.

No, mísero Edipo;
A impulso del dolor y la sorpresa
Cayó desvanecida; mas tu esposa...

EDIPO.

¡Quién, la esposa de Layo!...

HYPARCO.

No lo temas:
Jamas Yocasta aborrecerte puede;
Y antes mas bien compartirá tus penas.

EDIPO.

Nadie... nadie... ¿Y mis hijas? ¿y mis hijas?
¿Me las roban tambien?... Dejad siquiera,
Dejad que las estreche entre mis brazos
Una vez, solo una!... es la postrera.

HYPARCO.

¿Qué dices, caro Edipo?

EDIPO.

Pronto, Hyparco,
¿En dónde estan mis hijas?

HYPARCO.

Tente, espera...

EDIPO.

¿Dónde?...

HYPARCO.

Escucha, sosiégate...

EDIPO.

Crueles,
Soy su padre, su padre... y ya en la tierra
No me queda otro bien!

HYPARCO.

Cálmate, Edipo...

EDIPO.

Hijas mias!... Ninguna me contesta...
¿Quién os detiene, quién?... ¡Hasta el consuelo
De abrazar á mis hijas se me veda!...

(*Dirígese* EDIPO *al palacio; y al pasar por en frente del Panteon, vuelve acaso la vista hácia él, suspéndese con asombro, y despues de cavilar unos instantes, dice con el mayor abatimiento:*)

« *Huye, infeliz, del tálamo y del trono* »....
Ya lo sé, justo rey... en paz te queda.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

EDIPO, DOS NIÑAS, HIJAS SUYAS.

(EDIPO aparecerá vestido noblemente, pero con sencillez y sin diadema: estará apoyado contra una de las columnas del pórtico del palacio, mientras sus hijas colocan guirnaldas y flores en un ara, que se hallará situada en el mismo pórtico.)

EDIPO.

Asi, hijas mias: coronad de flores
El ara antigua de los Lares patrios,
Como postrer ofrenda y sacrificio
Del triste Edipo, pronto á abandonarlos...
Mediando vuestra cándida inocencia,
El voto á las Deidades será grato;
Que vuestro infeliz padre el ara santa
No osa tocar con sus sangrientas manos.—
¡Cuán tremenda, gran Jove, es tu justicia,
Cuán tremenda!... Yo humilde y resignado
La adoro, y me someto á sus decretos
Sin que salga una queja de mis labios;
Mas dígnate volver, Dios de clemencia,
Los ojos á este padre desdichado;

Y acogiendo piadoso su plegaria,
Dale ese alivio en tan mortal quebranto!...
No te pido por mí... para estas hijas
Del alma mia tu favor demando;
Para estas hijas, tiernas, inocentes,
Dignas, buen Dios, de tu divino amparo...
Protege su orfandad; por el sendero
De la santa virtud guia sus pasos;
Y aparta de sus sienes las desdichas
Que afligen á su padre desgraciado!...
Mas, ¿qué es eso, llorais?... Ismenia amada,
Antígone, mi vida... aqui, á mis brazos
Venid; no os aflijais... ved que hasta el alma
Me penetra, hijas mias, vuestro llanto!.....
(*Siéntase al pie de una columna, abrazado con sus hijas, y queda suspenso unos instantes.*)
Mirad que vuestra madre debe en breve
Volver; y si os encuentra en ese estado,
Vais á afligirla mas... No, prendas mias,
No aumenteis su dolor y su quebranto;
Que harto infeliz es ya!... Sed su consuelo;
Aliviadla en sus penas; esforzaos
A hacerle llevaderas las desgracias
Que vuestro infausto padre le ha causado!...
Si me amais, hijas mias, yo no exijo
Mas prueba de vosotras, ni os encargo
Nada mas... ¿Lo ofreceis?... Lleve á lo menos
Esa dulce esperanza al separarnos;
Y el cielo en su bondad me dará fuerzas

Para sufrir mi triste desamparo!...
Sí, hijas mias, mirad á vuestra madre
Cual un Dios tutelar: á sus mandatos
Mostraos siempre dóciles, sumisas;
Pagad tantos desvelos y cuidados
Con ternura y amor... Y si algun dia
La veis mas afligida; si al miraros,
La memoria infeliz de vuestro padre
La cubre de amargura... en vuestros brazos
Estrechadla, y decidle: « él os amaba
Mas que á su corazon; fue desgraciado
Aun mas que criminal... compadecedle;
Que al fin es nuestro padre... » El cielo santo,
Si asi lo haceis, os premie y os bendiga,
Y os colme de ventura largos años!...

ESCENA II.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

YOCASTA (*al salir*).

Edipo...

EDIPO.

Id, hijas mias; que no os vea
Vuestra madre llorar...
(EDIPO *se separa de sus hijas, que vuelven á dirigirse al ara, y él se acerca á* YOCASTA.)
¿Hablaste al pueblo?

YOCASTA.

Apenas fue preciso: su zozobra

Y dudosa inquietud duró un momento;
Y al saber tu intencion, la piedad sola
Halló cabida en su agitado pecho:
Tú mismo con placer y con ternura
Hubieras escuchado sus acentos,
Que con ayes y lágrimas mezclados,
Nunca fueron tan vivos y sinceros.—
En medio de tu pena y amargura
Debes llevar, Edipo, ese consuelo:
No la pérdida sienten de un rey justo;
Lloran á un padre, cariñoso y bueno;
Y mirando cual propia tu desgracia,
En tu favor imploran á los cielos...
¿Te enterneces, Edipo?... Si los vieras
Preguntarme por tí, cercarme inquietos,
Ofrecerte sus bienes y sus vidas,
Pedirte que confies á su afecto
A tu esposa y tus hijas... ¿A qué ocultas
El rostro, Edipo mio? Deja al menos
Correr tus tristes lágrimas; que ellas
Tu angustia aliviarán.

EDIPO.

Yo esperé un tiempo,
En brazos de mi esposa y de mis hijas,
Vivir feliz en medio de mi pueblo...
Yo no tuve otro afan ni otra delicia
Sino buscar su bien; ni ansié mas premio
Que verlos en mi hora postrimera
Cerrar mis ojos con piedad y afecto...

Y hoy ¡infeliz! mi dicha, mi esperanza,
La paz del alma para siempre pierdo;
Y lejos de mi patria y de los mios,
Solo en el mundo con horror me veo!...

YOCASTA.

Cálmate, Edipo, cálmate...

EDIPO.

No; deja,
Déjame desahogar mi sentimiento;
Que el corazon y el alma se me parten,
Y no puedo ya mas!

YOCASTA.

Pero tú mesmo
Te haces mas infeliz: triste es tu suerte,
Tristísima, no hay duda; y yo mal puedo
Ofrecerte consuelos, que yo propia
Quisiera para mí... Mas aunque adverso
El destino cruel hoy te condene
A tantos sacrificios, no por eso
Te roba todo alivio y esperanza,
Ni te reduce á tan fatal extremo.
Aun tienes una patria, á la que un dia
Podrás hacer feliz bajo tu imperio;
Vas á habitar la tierra en que naciste;
Vas á ver con ternura el propio techo,
En que pasaste los serenos dias
De tu infancia feliz; donde ahora mesmo
Viven tus padres, tus ancianos padres,
Que no tienen mas ansia, mas anhelo

Que verte, y bendecirte, y en tus brazos
Lanzar tranquilos el postrer aliento.

EDIPO.

¡Mis padres!...

YOCASTA.

Sí, tus padres; aun te viven,
Aun te los guarda por tu bien el cielo...
¡Y hablas de soledad y desamparo!
No, Edipo mio: un hijo humilde y tierno,
Un hijo como tú, si tiene padres,
No está solo en el mundo... Vuelve presto
A consolarlos de tan larga ausencia;
Vuelve á sus brazos, vuelve; y en su seno
Encontrarás la paz que ahora imaginas
Perdida para siempre.

EDIPO.

Yo no tengo
Siquiera esa esperanza...

YOCASTA.

¿No la tienes?

EDIPO.

Nunca mis ojos volverán á verlos!

YOCASTA.

¡A tus padres!... Edipo, ¿no respondes?...
¿Qué arcano encierra tu fatal silencio,
Que asi me hace temblar?... ¡Edipo oculta
A su mísera esposa sus secretos!

EDIPO.

No, Yocasta...

YOCASTA.

Pues habla.

EDIPO.

¿A qué pretendes
Saber aun mas desdichas?

YOCASTA.

Porque debo
Sentirlas y llorarlas á par tuyo...
¿No hicieras tú lo mismo?

EDIPO.

Yo te ruego
Por última merced...

YOCASTA.

Y yo te pido
Por mi amor, por tus hijas, que á lo menos
Me saques de esta duda, y no me dejes
Entregada á tan bárbaro tormento.

EDIPO.

Pues lo quieres, Yocasta...

YOCASTA.

No; lo pido
Por mi amor...

EDIPO.

Pues escúchame: y al tiempo
De despedirnos por la vez postrera...
En este dia mísero y funesto
Para mí mas que el dia de mi muerte,
No llevaré tambien el desconsuelo
De haber sido capaz, en esta vida,

De ocultarte ni un solo pensamiento...
Si he callado hasta ahora, si yo solo
Ese arcano fatal guardé en mi pecho,
Sin mostrártelo nunca, no me culpes;
Temí afligirte, y que el presagio horrendo
Que ha sido mi martirio tantos años,
Emponzoñase de tu vida el resto. —
Yo vivia feliz... y tan dichoso,
Que en el mundo no habia quien contento
Asi estuviese con su propia suerte,
A los Dioses por ella bendiciendo...
Asi mis años plácidos corrian,
Cuando en hora fatal, cuyo recuerdo
Hondamente clavado en mi memoria
Llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
Perdida en un banquete la templanza,
Mi enojo provocó; y al reprenderlo,
Se atrevió á echarme en rostro que no era
Hijo yo de Polibo, ni heredero
De su nombre y su trono... Hasta sin ira
Le escuché: ¿lo creerás? Solo desprecio
Me inspiró aquel mezquino; y á sus voces
Con burla y risa todos respondieron.
Mas de alli á breves dias... (ni yo propio
Te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
Melancólico, triste, caviloso,
Privado de ventura y de sosiego,
Cual si en el alma misma me punzara
Una espina cruel... Luché algun tiempo

Conmigo mismo; reclamé el auxilio
De mi flaca razon; busqué en el seno
Del deleite el olvido... Todo en vano:
Mientras mayores eran mis esfuerzos
Por borrar esa idea de mi mente,
Mas profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un dia
Narré á mis padres el fatal suceso,
Aunque oculté á su amor la triste duda
Que era mi torcedor y mi tormento:
Ellos del caso extraño sorprendidos
Mostráronse al principio; pero luego,
Culpando la embriaguez del ciego jóven,
Olvidar me mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
Me pareció notar mayor esmero
En llamarme su hijo, mas señales
De piedad y ternura; y ese empeño,
Manteniendo la llaga abierta y viva,
Doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin, ansioso de apurar mi orígen,
Y á tal duda mil males prefiriendo,
Me ausenté de Corinto, pretextando
Que iba á Atenas á ver al gran Teséo;
Y sin tomar ni tregua ni descanso,
Corrí impaciente hasta llegar á Délfos.
¡Ojalá antes muriera!... Por tres veces
Consultado el oráculo tremendo,
Enmudeció; yo ciego y obstinado,

Con lágrimas insté, doblé mis ruegos,
Maldije en mi delirio la tardanza,
Invoqué hasta á los Dioses del Averno;
Y casi con violencia rasgar quise
Del Destino fatal el denso velo.
Cedió el Númen al fin, cual si apiadado
Satisfacer quisiese mi deseo;
Mas resolvió, tremendo en su venganza,
Castigar de un mortal el loco empeño.
En la callada noche, solo estaba,
Entregado á mis tristes pensamientos,
Cuando vagó un susurro misterioso
Por las lóbregas bóvedas del templo,
Sonó la voz del Dios, y á mis oidos
Llegaron con horror estos acentos:
«Quieres saber tu suerte?»... Al escucharlo,
La sangre se me heló; sentí el cabello
Erizarse de espanto; y junto al ara
Atónito quedé sin movimiento...
«¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
La sangre verterás»...

YOCASTA.

¡Divinos cielos!

EDIPO.

¡Qué! ¿te asombras, Yocasta?... No debia
Haber cedido á tu imprudente ruego:
¿Lo ves?...

YOCASTA.

¡Ay!

EDIPO.

¿Mas qué miro? ¿qué mudanza,
Qué turbacion es esa que en tí advierto?
Habla, responde... ¿Callas?

YOCASTA.

Sigue, Edipo:
¿No es natural mi pena?...

EDIPO.

Sí; mas temo
Que alguna causa oculta...

YOCASTA.

No; prosigue...
No me hagas penar mas.

EDIPO (*despues de una breve pausa*).

A tan siniestro
Oráculo, las fuerzas me faltaron,
Y ante el ara caí; pero del centro
De la tierra salir me parecia
La misma voz, continuo repitiendo:
«¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
La sangre verterás, y el casto lecho
Mancharás de tu madre...» Apenas pude
Escuchar hasta el fin: falto de aliento,
Privado de razon y de sentido,
Permanecí postrado largo trecho;
Y al despuntar el alba, alli me hallaron,
Cual un cadáver insensible y yerto.—
La vida al cabo recobré... azorado,
Del templo, del oráculo, y de Délfos

Huí con ansia mortal; recorrí en breve
Cien regiones y cien, buscando lejos
El término á mis penas; mas la imágen
Del parricidio y del nefando incesto
Como mi propia sombra me seguia,
Al campo, á la ciudad, despierto, en sueños;
Cual si la férrea mano del Destino
Agobiarme quisiera con su peso.
Hasta que al fin, para calmar mi angustia
Y burlar el rigor del hado adverso,
A la casa paterna y á mis padres
Renuncié para siempre; y corrí ciego
En busca de la muerte, donde quiera
Que divisaba el mas lejano riesgo...
Entonces fue cuando al mirar las gentes
Huir espantadas del nativo suelo,
La fama de la Esfinge y sus estragos
Encaminó mis pasos á este reino;
Y apenas á sus límites tocaba.....
Tú sabes mi desdicha.

YOCASTA.

¿Y solo el miedo
De ver cumplirse el vaticinio infando
Te aleja hoy dia del paterno techo?

EDIPO.

¿Y qué causa mayor?... Mil y mil veces
He intentado vencer este secreto
Temor, como infundado, como vano,
Como indigno de mí... mas te confieso

Mi flaqueza, Yocasta: lucho, insisto,
Casi ya de triunfar me lisonjeo;
Y al punto mismo, sin saber la causa,
Me acomete un fatal presentimiento,
La imágen veo del horrendo crímen,
Y huyo confuso, de terror cubierto.

YOCASTA.

Pues oye, Edipo: y ya que á ruego mio
Me has mostrado hasta el fondo de tu pecho,
No he de ser tan cruel que me rehuse
A un triste sacrificio, cuando veo
Que tal vez dél dependerá tu suerte
Y la paz de tu vida.

EDIPO.

No comprendo,
Yocasta, tus palabras misteriosas:
¿Qué pretendes decirme?

YOCASTA.

Solo temo
Presentarme á tus ojos menos digna
De tu estima y amor; y este recelo,
Si alguna vez mis labios abrir quise,
Volvió á cerrarlos con perpetuo sello...

EDIPO.

Sigue, Yocasta, sigue...

YOCASTA.

Era tu esposa,
Y he tenido á tus hijos en mi seno...
Tu propio corazon, cuando me escuches,

La causa te dirá de mi silencio.—
Tú, Edipo, me creias virtuosa,
Y dichosa tal vez, al mismo tiempo
Que mi propia conciencia noche y dia
Me condenaba como juez severo;
Y tus mismos elogios y caricias
Doblaban mi vergüenza y mis tormentos...
Recuérdalo: mil veces me notaste
Mi profunda afliccion, queriendo inquieto
La causa averiguar; y yo otras tantas,
Buscando mil excusas y pretextos,
Te expliqué mi pesar, calmé tus dudas,
Mostré tal vez el rostro mas sereno,
Ahondando con afan dentro del alma
Mi continuo y roedor remordimiento.

EDIPO.

¿Mas cuál es tu delito, desgraciada?...

YOCASTA.

En breve lo sabrás: deja á lo menos
Que lástima te inspire un solo instante
Tu triste esposa... Dame este consuelo
Por último en la vida; que harto en breve
Horror te inspiraré.

EDIPO.

No á tal extremo
Te ciegue tu dolor...

YOCASTA.

¿Sabes mi crímen?...
No lo sabes, Edipo; pues que veo

Que aun me miras con lástima... No, Edipo,
No la tengas de mí, no la merezco;
Yo no la tuve de mi propio hijo,
Que abrigué en mis entrañas!..

EDIPO.

Calla!.. Tiemblo
De saber mas...

YOCASTA.

El inocente mio
Al sepulcro pasó desde mi seno,
Y yo en su muerte consentí y su padre...

EDIPO.

Déjame respirar. — Ya no me tengo
Yo por tan infeliz... Hijas del alma,
Lo fue aun mas otro padre!

(*Suspension de unos instantes.*)

¿Y Layo mesmo
Consentir pudo?...

YOCASTA.

Y su esperanza era
Aquel niño inocente, y el objeto
De sus ardientes votos, y la prenda
De nuestra mutua union...

EDIPO.

¿Mas qué funesto
Motivo fue bastante?...

YOCASTA.

Oyelo, Edipo:
Y sírvante mis males de escarmiento,

Para aprender la fe que deba darse
A engañosos oráculos. — Inquietos
Sin tener sucesion un año y otro,
Nuestra dicha y placer no eran completos;
Que en medio de la pompa y la grandeza
Nos afligia el solitario aspecto
De nuestro hogar, y desabrida el alma
Las caricias de un hijo echaba menos.
Con súplicas, con votos, con ofrendas,
Importunamos sin cesar al cielo,
Hasta que al fin nos pareció propicio
Que iba ya á coronar nuestros deseos...
Aun no era madre; y la esperanza sola
Mi existencia doblaba y mi contento,
Y un placer me inspiraba, una ternura,
Que solo siente el corazon materno.
Por su parte mi esposo los instantes
Contaba con afan... pero el exceso
De ese afan nos perdió : quiso impaciente
Consultar un oráculo, que el pueblo
Desde remotos siglos reputaba
Guarda de los arcanos de este reino;
Le consultó; y el Dios... ó sus ministros
Estas solas palabras respondieron :
« El hijo, cuya vida anhelas tanto,
La muerte te dará. » — De terror lleno
Oyó mi esposo el formidable anuncio:
Quiso ocultarme su dolor inmenso;
Pero tan grave era, que no pudo

Con él su corazon... De aquel momento,
Perseguidos cual tú de un temor vano
Y acosados de míseros agüeros,
Ni una hora de paz y de ventura
Pudimos disfrutar : el mismo objeto
De tantas esperanzas convirtióse
En objeto de horror; y hasta en mi seno
Palpitar le sentia con espanto,
Cual un monstruo maldito por los cielos.
En tan horrenda situacion nos halla
El fatal plazo : se aproxima el riesgo;
Redóblase el temor; un Dios contrario
De libertarnos nos inspira el medio;
Y en aquel trance de terror y asombro,
El atroz sacrificio resolvemos...
Un amigo de Layo al hijo mio
Arrancó de mis brazos; y en secreto
Conduciéndole á un monte despoblado,
A su suerte cruel le dejó expuesto...

EDIPO.

Infeliz!

YOCASTA.

Mas apenas con su muerte
Cesaron los temores, renacieron
Con mas fuerza y vigor en nuestras almas
Los antiguos y tiernos sentimientos,
No dulces y apacibles como antes,
Sino mezclados con letal veneno...
Presente á nuestros ojos noche y dia,

Sin cesar escuchando sus lamentos,
Cuanto tocaban nuestras propias manos
Nos presentaba de su sangre el sello;
Y la vista de un niño, el oir su lloro,
Nos hacia temblar. Al fin el tiempo
Lo agudo del dolor fue mitigando;
Mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
Dentro del corazon, aun mas penosos
Que el dolor mismo; y con fatal anhelo
El término miramos de la vida
Como el único fin de los tormentos.—
Ese es el fruto, ese, reservado
A quien fia de oráculos inciertos,
Que con soñados riesgos amagando,
Nos sepultan en males verdaderos.

EDIPO.

Atónito he escuchado tus desgracias...

YOCASTA.

¿Y querrás por ventura seguir ciego
La misma senda?... Edipo, abre los ojos;
En mis propias desgracias toma ejemplo;
Y deja esos oráculos falaces
Que asombren solo al ignorante pueblo.

EDIPO.

No, Yocasta: quizá los mismos Dioses
Del formidable amago se valieron
Para salvarme del abismo; suya
Fue la voz que escuché; y antes prefiero
Ser el mas infeliz de los mortales
Que exponerme á peligro tan horrendo.

ESCENA III.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO.

HYPARCO.

Edipo, un Mensagero de Corinto
Acaba de llegar...

EDIPO.

Corre, ve luego,
Y condúcele aqui...

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

EDIPO.

¡ Qué nuevas penas
Me anuncia el corazon!...

YOCASTA.

¿ Porqué tan presto
Te dejas abatir?... Tras las desgracias
Suelen venir á veces los consuelos...

EDIPO.

No para Edipo, no! Siempre mis males
De otros mas graves precursores fueron.

ESCENA V.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO, UN MENSAGERO DE CORINTO.

MENSAGERO.

Salud, buen rey: y venturoso seas
Al lado de tu esposa, para ejemplo
Y dicha de tus hijos...

EDIPO.

Noble anciano,
¿Qué nuevas traes?

MENSAGERO.

De Corinto vengo...

EDIPO.

¿Traes nuevas de mi padre?

MENSAGERO.

El buen Polibo...

EDIPO.

Sigue, acaba, no tardes...

MENSAGERO.

Ya por premio
De su virtud...

EDIPO.

Acaba.

MENSAGERO.

Está gozando
En los Elíseos de descanso eterno.

EDIPO.

¡Hay mas desgracias hoy... hay mas desdichas
Que caigan sobre mí!...

YOCASTA.

Recobra aliento,
Edipo; y á los golpes de la suerte
Tu fortaleza opon.

EDIPO.

¡Ni aun el consuelo
De abrazar á su hijo desdichado,
De verle al espirar!... Díme, buen viejo,
¿Se acordaba de mí? ¿No repetia
El nombre de su Edipo?

MENSAGERO.

Fue el postrero
Que en sus labios se oyó; y al pronunciarle,
Me estrechaba la mano con afecto...

EDIPO.

Ingrato hijo, y tú le abandonaste
Y le hiciste infeliz!...

YOCASTA.

¿A qué ese empeño
De atormentarte mas?

EDIPO.

Él me creia,
A la hora de su muerte, justo, bueno,
Digno hijo suyo...

MENSAGERO.

Le escuché mil veces

Celebrar tu virtud, y por modelo
Proponerte á sus pueblos...

EDIPO.

Calla, calla;
Que el alma me traspasas con tu acento.

YOCASTA.

Retiraos, amigos... con su esposa
Dejadle suspirar unos momentos
Siquiera en libertad.

ESCENA VI.

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS.

YOCASTA.

Edipo mio,
Si algun influjo en tí logran mis ruegos;
Si te importa mi vida; y si no quieres
Aumentar la amargura y desconsuelo
De esas prendas del alma, haz lo posible
Por templar tu afliccion...

EDIPO.

Hoy mismo pierdo
A mi esposa, á mis hijas, á mi padre,
Cuanto en el mundo amé!

YOCASTA.

No; Edipo: el cielo
Te conserva á tus hijas y á tu esposa,
Que no tendrán un hora ni un momento

Que no piensen en tí... ¡Con qué ternura,
Cuando se calme tu dolor acerbo,
De ellas te acordarás! Al levantarte,
Al entregarte al apacible sueño,
Al sentarte á la mesa, *ahora, ahora mismo*
Nombrándome estarán; ahora pidiendo
Estarán á los Dioses por la dicha
De su esposo y su padre!...

EDIPO.

Tus acentos,
Yocasta mia, un bálsamo derraman
En mi llagado corazon... Aun tengo
Quien se duela de mí; quien se apiade
Del infeliz estado en que me encuentro!...

YOCASTA.

No te reprimas; llora, desahoga
Tu afliccion en mis brazos...

(*Quedan abrazados unos instantes.*)

EDIPO.

Ya, ya puedo
Respirar... ¿No lo ves? Hasta este llanto
De mi grave dolor alivia el peso.

YOCASTA.

Procura ahora calmar la viva lucha
De tu imaginacion: ya por lo menos
Sabes tu suerte, mísera, infelice,
Pero cierta; y al cabo es un consuelo
Ver el límite y fin de las desgracias,

No temerlas mayores... ¿Qué se hicieron,
Edipo, esos oráculos mentidos
Que tanto te aterraban?... Hoy por ellos
A tu patria, á tus padres renunciabas;
Te condenabas á fatal destierro;
Y en medio de tus penas, solo vias
La amenaza de males mas horrendos...
Ya no, Edipo, ya no: tu hogar, tu patria,
Los votos y esperanzas de tus pueblos,
Los brazos de una madre cariñosa
Esperándote estan... ¡Con qué contento
La volverás á ver, á consolarla,
A consagrar tu vida y tus desvelos
Solo á hacerla feliz!

EDIPO.

Sí, esposa mia:
En medio de la angustia que padezco,
Esa sola esperanza me sostiene,
Esa sola y no mas... Si pude ciego
Sacrificar la dicha de mis padres
A un temor vano; si pagué su afecto
Con fuga y abandono; si no pude
Consolar en sus últimos momentos
A mi buen padre, y á sus pies postrado
Demandarle perdon... al cabo un medio
Me queda de expiar mi grave culpa,
A fuerza de cariño y de respeto,
De no apartarme un hora, un solo instante
De mi madre infeliz!

YOCASTA.

Pues ya has resuelto
Seguir la senda que el deber, mis votos,
Tu corazon te dictan, ¿qué provecho
Sacarás de afligirte?... Ven, Edipo,
Ven; que ya por instantes crecer veo
Las sombras de la noche; y tras la lucha,
Tu fatigado espíritu y tu cuerpo
Descanso han menester: mañana puedes...

EDIPO.

Esposa mia, solo te encomiendo
Una cosa, no mas...

YOCASTA.

¿Qué quieres? Dílo.

EDIPO.

(*Corre enternecido hácia sus hijas, y las abraza.*)
Mira que el alma, el corazon te dejo,
Mas que mil vidas...

YOCASTA.

¿Ves que las afliges?

EDIPO.

Mis hijas... mis amores... hoy os veo
Por la postrera vez!...

YOCASTA.

Cálmate, Edipo...

EDIPO.

Vuestras tiernas caricias, vuestros besos
Ya se acabaron para mí en el mundo!...

YOCASTA.

Por piedad, caro Edipo...

EDIPO.

Ya no espero
Apoyo en mi vejez... tener siquiera
A quien mirar en mi postrer momento!

(EDIPO, YOCASTA, *y sus dos* HIJAS, *quedan abrazados y formando un grupo, en el pórtico del palacio.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

EDIPO, HYPARCO.

EDIPO.

Hyparco, no tardemos: que ya el dia
A clarear empieza; y con sigilo
Salgamos, sin que nadie nos aceche,
De la ciudad.

HYPARCO.

¿Porqué con tal ahinco
Apresuras tú propio el fatal plazo
Que tanto va á costarte?

EDIPO.

¡Tú que has visto
Mi lucha y afliccion, me lo preguntas!...
Porque á cada momento que resisto,
Las fuerzas y el valor me van faltando;
Y ni yo propio sé cómo he podido
Del palacio salir.

HYPARCO.

Pues ahora debes

Mostrar tu corazon y antiguo brio...

EDIPO.

En medio de las hijas de mi alma
La infeliz yace; que el quebranto mismo
Al sueño la rindió; pero yo oia
En la callada noche sus gemidos,
Y alguna vez me pareció escucharla
Que el nombre repetia de su Edipo...

HYPARCO.

¿Es asi como cumples tu promesa?

EDIPO.

¿Pues qué mas puedo hacer?... Ni aun he querido
Despedirme de ella y de mis hijas,
Por no afligirlas mas!

HYPARCO.

Segun te miro,
No es posible emprender tan larga marcha...

EDIPO.

Sí, sí, al instante; en tan fatal conflicto,
Mi solo anhelo, mi única esperanza
Es llegar cuanto antes á Corinto.

HYPARCO.

¿Y no fuera tal vez mas acertado
A Atenas por el pronto dirigirnos?...

EDIPO.

¡A Atenas!... ¿Y á qué fin?

HYPARCO.

Alli pudieras,
Al lado de Teséo, mas tranquilo

Tus fuerzas restaurar...

EDIPO.

No te comprendo.

HYPARCO.

Si sabes mi amistad y mi cariño,
¿Porqué de mi experiencia no te fias?

EDIPO.

Porque estoy viendo en tu semblante mismo
Que algo me ocultas.

HYPARCO.

No...

EDIPO.

Tu propia lengua
Al engaño se niega. ¿Qué motivo
Te obliga á aconsejarme que no vuelva
A mi patria?

HYPARCO.

Ninguno...

EDIPO.

¿Qué te ha dicho
El Mensagero?

HYPARCO.

Nada...

EDIPO.

¿Hay quien intente
El trono disputarme?

HYPARCO.

Yo no he oido
Tal nueva...

EDIPO.

¿Pues qué sabes?... En el mundo
Qué puedo ya temer!

HYPARCO.

Yo te suplico
Por tu bien, por tu vida y por la mia,
No me preguntes mas. —

EDIPO.

Mi único amigo,
Mi padre y mi consuelo, ¿qué me anuncia
Ese llanto en tus ojos suspendido,
Ese turbado rostro, ese silencio
Que me hace estremecer?

HYPARCO.

Ningun peligro
Te amenaza...

EDIPO.

No es eso lo que temo;
Y bien lo sabes tú. —¿Porqué á Corinto
Volver no puedo?

HYPARCO.

Sí, pero mas tarde...

EDIPO.

¿Porqué no ahora?

HYPARCO.

Acaso han esparcido
Algun falso rumor; y conviniera,
Antes de presentarte en tus dominios,
Que lo aclarase el tiempo...

EDIPO.

¡Qué me dices!...

HYPARCO.

No tienes que inquietarte, caro Edipo;
Es solo una voz vaga...

EDIPO.

¿Y cuál?...

HYPARCO.

Suponen
Que declaró al morir el rey Polibo...

EDIPO (*interrumpiéndole*).

No mas! ¿Y el Mensagero?

HYPARCO.

Oyeme, escucha...

EDIPO.

¿En dónde está?

HYPARCO.

Tal vez ya se habrá ido...

EDIPO.

¿En dónde está?

HYPARCO.

Detente..... Si te obstinas
En quererle escuchar, iré yo mismo
A buscarle...

EDIPO.

Ve, corre, vuelve al punto.

ESCENA II.

EDIPO.

(*Paseándose con agitacion por el teatro.*)

Ya, ya mi corazon con mil latidos
El secreto fatal me está anunciando...
¿Quién te dió el ser? ¿quién eres, triste Edipo?
¿Quién eres?... Ni en la tierra ni en el cielo
Hallas quien te responda; y confundido
Tú propio tiemblas, sin saber la causa,
Al sondear tan horroroso abismo.....
Mas no importa: la muerte es preferible
A sufrir por mas tiempo este martirio;
Y hasta en el borde mismo de la tumba
He de luchar con mi fatal destino.

ESCENA III.

EDIPO, YOCASTA.

YOCASTA.

(*Al salir apresurada del palacio.*)

Acaba de anunciarme el buen Hyparco...

EDIPO.

¿Quién soy? ¿quién me dió el ser? ¿dónde he nacido?
¿Lo sabes tú?...

YOCASTA.

¿Qué importa, si tu esposa
Te ama mas que á su vida?

EDIPO.

¿Acaso has visto
Al Mensagero?

YOCASTA.

No.

EDIPO.

Todos me engañan;
Todos, hasta mi esposa!

YOCASTA.

Amado Edipo,
¿Porqué asi quieres traspasarme el pecho,
Cuando ya apenas de dolor respiro?....
Ten lástima de mí; tenla á lo menos
De aquellas inocentes!... Ahora mismo
Por su padre infeliz me demandaban...

EDIPO.

¡Por su padre!... ¿Y quién es, quién es el mio,
Yocasta, quién?....

YOCASTA.

Serénate...

EDIPO.

Su nombre,
Su nombre, no tu llanto, necesito.

ESCENA IV.

EDIPO, YOCASTA, EL MENSAGERO, *detras de él* HYPARCO, *y despues* PHORBAS.

(En esta escena se colocarán los actores de esta suerte: el MENSAGERO é HYPARCO á la derecha de EDIPO; YOCASTA y PHORBAS á su izquierda.)

EDIPO.

(*Al ver asomar al* MENSAGERO.)

Ven, llega, anciano; y tiembla, si faltares
Un punto á la verdad! ¿No era Polibo
Mi padre?...

MENSAGERO.

Él os amaba tiernamente
Con entrañas de tal...

EDIPO.

¿Mas soy su hijo?...

YOCASTA.

¿A qué en dia tan triste y tan aciago
Te empeñas en buscar nuevos motivos
De angustia y de pesar?...

EDIPO.

¿Lo soy?... Responde.

MENSAGERO.

Otros, mejor que yo, podrán decirlo...

EDIPO.

Tú, tú... ¿Lo soy?... Acaba.

MENSAGERO.

No lo eres...

EDIPO.

¡No!.....

YOCASTA.

¡Desdichado!

EDIPO.

¿Cómo lo has sabido?

MENSAGERO.

De los labios del rey.

EDIPO.

¿Lo oiste tú solo?

MENSAGERO.

Y otros muchos tambien.

EDIPO.

¿Cuándo lo dijo?

MENSAGERO.

El dia de su muerte.

EDIPO.

¿Por qué causa?

MENSAGERO.

De su propia conciencia compelido.

EDIPO.

¿Dijo... no era mi padre?...

MENSAGERO.

Varias veces

Lo repitió llorando.

EDIPO.

¿Y qué motivo

Le movió á suponerlo?

MENSAGERO.

El haber muerto
De Mérope su esposa el solo hijo,
Casi al nacer, y el ansia que tenia
De un heredero...

EDIPO.

¿Y quién le prestó auxilio
Para el cambio fatal?

MENSAGERO.

Su misma esposa.

EDIPO.

¿Nadie lo presenció?

MENSAGERO.

Solo un testigo.

EDIPO.

¿Lo sabes tú de cierto?

MENSAGERO.

Y tan de cierto,
Como que el niño le entregué yo mismo.

EDIPO.

¿Y tú de quién le hubiste? ¿dónde? ¿cuándo?

YOCASTA.

¿A qué afligirte quieres?...

EDIPO.

Pronto, dílo.

MENSAGERO.

Yo lo diré, señor...

EDIPO.

Ahora, al instante.

MENSAGERO.

Mas déjame siquiera algun respiro...

EDIPO.

Al instante.

MENSAGERO.

Ya voy...

EDIPO.

¿Qué te detiene?...

MENSAGERO.

Un dia que en la caza divertido
Del Citeron la cumbre recorria,
Un extrangero ví que á un tierno niño
Estrechaba en sus brazos, y mil veces
Le colocaba en un oculto sitio,
Y á abrazarle volvia... Silencioso
Me acerco, llego, le sorprendo, insto
Porque me explique su conducta extraña;
Mas tan turbado estaba, que ni él mismo
Explicarla podia, y largo espacio
Permaneció dudoso y pensativo...

EDIPO.

¿Y luego?...

MENSAGERO.

Luego que cobróse un poco,
Con palabras ahogadas con suspiros
Me entregó al tierno infante...

EDIPO.

¿Y luego?...

MENSAGERO.

Al punto
Huyó veloz y se ocultó en los riscos.

EDIPO.

¿Conocias acaso á ese extrangero?

MENSAGERO.

En aquella ocasion solo le he visto.

EDIPO.

¿Su nombre?

MENSAGERO.

No lo sé.

EDIPO.

¿Su patria?

MENSAGERO.

Tebas,
A juzgar por el habla y el vestido.

EDIPO.

¿Qué edad tenia la infeliz criatura?

MENSAGERO.

Pocos dias no mas.

EDIPO.

¿Con qué designio
Te la entregaron?

MENSAGERO.

Entendí que era
Por salvarle la vida.

EDIPO.

¿Y qué peligro
Le amagaba?

MENSAGERO.

Lo ignoro.

EDIPO.

¿Hubiste señas
De quien fuesen sus padres?

MENSAGERO.

No lo quiso
Aclarar á mi ruego el extrangero;
Mas si temes tal vez haber nacido
En baja cuna, alégrate y alienta;
Que eres de noble estirpe.

EDIPO.

¿Él te lo dijo?

MENSAGERO.

Yo propio colegí de sus palabras
Que eras de sangre real.

PHORBAS.

Piedad!...

EDIPO.

Maldito
Seas!

YOCASTA.

¡Qué horror!

(*Durante el anterior diálogo habrá ido creciendo por instantes la turbacion de* YOCASTA *y la de* PHORBAS; *al final, este se arroja á los pies de* EDIPO, *quien vuelve el rostro hácia él y le maldice; al mismo tiempo que la*

REINA *se aparta de en medio de entrambos, y se dirige precipitadamente al palacio.*)

ESCENA V.

EDIPO, HYPARCO.

(EDIPO *permanece inmóvil y silencioso unos instantes;* HYPARCO *se acerca á él: en este intervalo,* PHORBAS *y el* MENSAGERO *se habrán retirado lentamente, y reuniéndose hácia el promedio del teatro, se encaminan juntos al palacio.*)

EDIPO.

Lo sé... vencí mi suerte:
Ya muero satisfecho.

HYPARCO.

Caro Edipo...

EDIPO.

No hay mas allá... no hay mas allá... hasta el fondo
Veo el horror de mi fatal destino!
Mi padre asesiné; profané el lecho
De la que me dió el ser; hermanos, hijos,
Nietos, padres, esposos, hoy la tierra
Verá por este monstruo confundidos.

HYPARCO.

Vuelve, infeliz, en tí...

EDIPO.

¿Mas porqué tiembla

Mi corazon aún?... Los Dioses mismos
Su venganza agotaron; y ya impune
Su cólera y enojo desafío:
¿Podeis hacerme ya mas desdichado?...
No podeis, no! Pues vedme ya tranquilo.

HYPARCO.

Oyeme, triste Edipo...

EDIPO.

¿Quién me llama?

HYPARCO.

Soy yo... ¿no me conoces, hijo mio?

EDIPO.

¡Mi padre tú!... no, no: ¿ves esta sangre?...
Pues de mi padre es. — Solo te pido
Que no lo digas; calla!... que ha diez años
Que en mis manos la tengo, y no he podido
Arrancármela aún.

HYPARCO.

¡Para esto el cielo
Me ha guardado la vida por castigo!

EDIPO.

¡Lloras! ¿De qué te afliges?... Tú no fuiste;
Yo lo diré: yo fuí el asesino
De mi padre, yo fuí!

HYPARCO.

Aguarda, escucha...

EDIPO.

(*Acercándose hácia el Panteon.*)
Asesino!... Asesino!... ¿Lo has oido?

No temas: es el eco de la tumba...
Asesino!..... ya apenas lo percibo...

HYPARCO.

Ciudadanos, amigos, ¿no hay quien venga
A socorrer á este infeliz?

PUEBLO.

(*Asoman algunas personas por diversos lados de la plaza, y quédanse suspensas.*)
¡Edipo!

EDIPO.

¿Qué me quereis?... Llegad: ¿pedis mi muerte?
Mas la deseo yo.

HYPARCO.

Compadecidos
Vienen en tu favor...

EDIPO.

¿Y porqué vengan
En esas inocentes mis delitos?
¿Cuál es su culpa, cuál?... Las desdichadas
Aun no saben del padre que han nacido!

HYPARCO (*al pueblo*).

Venid, y conduzcámosle al palacio.....
¿Mas porqué asi os negais á darle auxilio?...
¡De cuando acá los Dioses bondadosos
Amparar la desgracia han defendido! —
Ven, hijo mio, ven...

EDIPO.

Aparta, aparta...
No quieras con halago fementido

Pasarme el corazon: dame á mis hijas;
Y mátame despues. — ¿Pero qué miro?
¡Tú tambien, infeliz!... Huye, no toques
A ese lecho fatal, que maldecido
De los cielos está: ¿no ves la Muerte,
Que te aguarda y te llama?... Ya te sigo,
Ya voy, Yocasta!... espera; y el Averno
Nos verá con horror bajar unidos.
(*Corre Edipo hácia el palacio, é Hyparco va en su seguimiento.*)

ESCENA VI.

SUMO SACERDOTE, PUEBLO.

(Al entrar EDIPO en el palacio, se oscurece algun tanto el teatro, y se oye el estampido del trueno, que resuena luego otras dos veces, con un breve intervalo: durante este tiempo habrán acudido por todas partes las gentes del pueblo, repartiéndose confusamente por el ámbito de la plaza; despues sale del templo el SUMO SACERDOTE.)

SACERDOTE.

¿No ois, mortales, no ois?... La voz de Jove
Retumba ya sobre el excelso Olimpo;
Y al eco de su ira, titubean
La firme tierra y el profundo Abismo.
¿Quién escapar podrá de su venganza?
¿Quién?... En el trono en vano guarecido,

Muéstrase audaz el crímen, provocando
Del cielo la justicia y poderío:
El rayo vengador antes le hiere
En la cumbre mas alta; y confundido
Entre escombros y míseras pavesas,
De escándalo y terror sirve á los siglos.

EDIPO (*desde adentro*).

La muerte por piedad!...

SACERDOTE.

No, parricida!
Hasta la Muerte está sorda á tus gritos;
Y solo has de gemir y en noche eterna,
Sin mezclarte con muertos ni con vivos!

PUEBLO.

¡Santos Dioses, qué horror!

SACERDOTE.

Sobre su frente
Su imprecacion fatal ha recaido.

ESCENA VII.

SUMO SACERDOTE, PUEBLO, HYPARCO.

HYPARCO (*desde la puerta del palacio*).

¡No hay uno, uno siquiera!...

SACERDOTE.

Ven, anciano;
Y á nombre de los Númenes te intimo
Que anuncies, para ejemplo de la tierra,

De la raza de Lábdaco el castigo!

HYPARCO.

¿Qué voz fuera bastante á presentaros
Cuadro tan espantoso?... Yo le he visto
Con estos ojos, yo; y apenas creo
Lo que acabo de ver..... En pos de Edipo
Penetré en el palacio, recelando
Su desastrado fin... daba rugidos
Como un leon, y á voces demandaba
Por su madre y esposa... Un Dios maligno
Sus pasos guia á la fatal estancia;
La puerta halla cerrada, rompe el quicio,
Corre al lecho nupcial, y ve á Yocasta
Ahogada dando el postrimer gemido...
Yo á ese tiempo llegué... ví abalanzarse
Al infeliz sobre el cadáver tibio,
Soltar el duro lazo, y de su madre
Besar con ansia el rostro ennegrecido...
Mas álzase de pronto, y con la vista
Sus armas busca en el usado sitio;
No las encuentra, brama, y sin tardanza
Revuelve su furor contra sí mismo...
Con los propios adornos de la reina
Sus ojos rasga; y con feroz ahinco
Una vez y otra vez hunde las puntas
En los sangrientos cóncavos... Ni un grito
Arrojó de dolor: desatentado
Busca la puerta, escápase, le sigo;
Y á ciegas por los ánditos vagando,
La muerte invoca con furor impío...

ESCENA VIII.

EDIPO, SUMO SACERDOTE, HYPARCO, PUEBLO.

EDIPO.

(*Sale de repente, con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro.*)

Huid, Tebanos, huid!...

PUEBLO (*apartándose con asombro*).

Rey desdichado!

SACERDOTE.

La maldicion del cielo va contigo.

FIN DE LA TRAGEDIA.

BINDING LIST APR 15 1954

Author Martínez de la Rosa, Francisco
300161
Title Edipo, tragedia.
LS
M2655e
DATE.
NAME OF BO

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU